

TRADICIÓN LIBERTARIA Y LUCHAS DE LIBERACIÓN NACIONAL

Introducción

Hace unos meses se dieron en La Haine (www.lahaine.org), a raíz de diferentes textos de Juventudes Castellanas Revolucionarias, unos interesantes debates sobre nacionalismo, fascismo y demás.

René, asiduo de esta página, sugirió en estos debates el panfleto titulado “Tradición Libertaria y Luchas de Liberación Nacional”. Tomé nota y poco más. Mientras seguían dándose esos debates, conocí personalmente a René y casualmente llevaba encima un ejemplar de este panfleto, al que pude echar un ojo.

Me entraron las ansias del saber y al final acudí a Traficantes de Sueños a adquirirlo a muy buen precio (menos de 2 euros). Lo leí de sopetón y me aportó muy buenas ideas.

El panfleto en cuestión consta de tres partes. Una, de Organisation Communiste Libertaire, otra de Rudolf Rocker y una tercera, la más extensa, del Grupo Ikaria. Esta última es la que más aporte teórico hace a la cuestión. Esta parte de Ikaria se trata de un panfleto editado a finales de los años 70 (se indica en el propio texto que en 1975, pero esto es imposible ya que se hacen referencias a años posteriores dentro de esa década) y sus ideas son muy valiosas y dan mucho que pensar. El texto sale de los tópicos clásicos y tan manidos para llevar a cabo una profunda reflexión.

Ahora lo transcribiré progresivamente y lo iremos publicando aquí en La Haine. Es seguro que publicaremos la de OCL e Ikaria. La de Rudolf Rocker está en euskera, así que si consigo traductor (cosa que espero hacer) también la publicaremos por aquí.

Pues nada más, a partir de mañana estará el texto por aquí. Os animo a tod@s a que lo leáis, lo analicéis, y os ayude a sacar vuestras propias conclusiones.

Dejo, para que vayáis viendo de que va, unas líneas de la contraportada

“El reconocimiento y admisión de la patria estatal, en tanto que ejercicio mental castrador, sirve al estado como agente de despersonalización, de anulación de la capacidad de razonamiento del individuo y por tanto, contribuye a perpetuar y consolidar el sistema”.

“La necesaria síntesis entre anarquismo e independentismo supone la liquidación del Estado en cualquiera de sus acepciones”

*Txolo Hedilla
9 de Marzo de 2004*

LAS LUCHAS DE LIBERACIÓN NACIONAL. Organisation Communiste Libertaire

“La conciencia nacional, que no es nacionalismo, es la única que puede darnos una dimensión internacional”. F.Fanon.

Está claro que en este final del siglo XX, las dinámicas que se desarrollan en torno a un sentimiento de pertenencia a una comunidad, en torno a una identidad étnica, lingüística, cultural y a veces incluso religiosa, constituyen un fenómeno social importante y universalmente presente. El número de conflictos nacidos del rechazo de las poblaciones a pertenecer o ser dominadas por tal o cual Estado no hace más que crecer y, en cierto modo, en un gran número de conflictos sociales – que aparentemente no tienen nada que ver con una lucha de liberación nacional – se encuentran elementos que los constituyen, como el de la pertenencia.

Más que hacia la “globalización” o el “universalismo” – nociones, por otra parte, particularmente psicológicas y éticas – el mundo moderno parece orientarse hacia un redescubrimiento de sus diferentes unidades constitutivas; es además en este escenario, el de la relación entre civilización y cultura nacional, donde se desarrolla a menudo el enfrentamiento por el poder de clases y grupos antagonistas en el seno de toda formación social – nacional. En el corazón de este proceso encontramos el imperialismo y los movimientos nacionales y esto de manera mucho más amplia que en el clásico espacio “tricontinental”: también en Europa y sobre el territorio de las dos grandes potencias, los EEUU y la URSS. En este marco tiene lugar y se ejerce a menudo la lucha de clases; y lo novedoso no es tal vez el hecho en sí, sino que comienza a ser tenido en cuenta.

La Nación no puede reducirse ni a una noción jurídica, ni a un espacio limitado, ni mucho menos a un Estado. El ejemplo más frecuentemente citado a este respecto es el de las Naciones Indias. La nación es pura y simplemente un conjunto de personas que se reconocen como pertenecientes a él (y a menudo se es consciente de una pertenencia cuando ésta es atacada o negada). Los elementos que constituyen este autorreconocimiento conforman, en su sentido más amplio, la cultura. Son muy diversos, y van de la organización social a las meras costumbres, de la lengua a la religión, del modo de vida al modo de producción, de las referencias históricas al reconocimiento de un espacio geográfico, etc.

Es una referencia colectiva compuesta de la totalidad o solamente de una parte de estos elementos. Es una comunidad de individuos que presentan un cierto número de puntos comunes en un momento dado, pero que se sitúa igual y es simultáneamente en el tiempo (historia, presente, pasado y futuro) y en el espacio.

El resurgir de estos fenómenos nacionales – por otra parte, tan diversos unos de otros en numerosos puntos, como veremos - ¿indica un regreso de la humanidad hacia una forma de barbarie donde los enfrentamientos nacionalistas ganarían la partida a toda esperanza de paz, de igualdad, de socialismo, de un mundo nuevo tal y como se soñaba y a veces se puso en práctica por varias generaciones sumergidas en una visión del mundo común a todos los socialismos?. ¿Es, por el contrario, portador de inmensas esperanzas de ver al mundo redefinirse hacia dinámicas contrarias a las del capitalismo y la explotación

del hombre por el hombre?. Ni una cosa ni otra, verosímilmente. Nada es, y menos aquí, blanco o negro.

Sea como fuere, tenemos que constatar que el deseo de reagrupamiento sobre bases específicas es un fenómeno presente en toda la historia y que no está ligado a un modo de producción particular; corresponde a una necesidad vital: la identidad y el sentimiento de pertenencia que la acompaña. Todo proyecto de sociedad, por rupturista que sea, que no tenga esto en cuenta está irremediabilmente abocado al fracaso.

Cada nuevo modo de producción que aparece tiende progresivamente a destruir y desestructurar las comunidades que se habían constituido en relación con el modo de producción anterior. El capitalismo ha hecho lo mismo; y además, en el interior de su propia historia, hecha con “crisis”, reestructuraciones, destruye por sí solo las comunidades que había engendrado. Y estos cambios de fondo se producen ahora a una velocidad jamás alcanzada en la historia, de forma que una generación no está segura de instalarse a lo largo de toda su duración, con signos suficientemente estables para que den a la vida una apariencia de solidez. Si para cierto número de personas que se reparten el poder, estos signos existen y hacen que vivan relativamente bien, no se trata más que de una ínfima minoría al lado de la parte más grande para la que raramente existen las comunidades solidarias, vivientes y soportables. Y como se trata de una necesidad fundamental, la lucha por reencontrar o reconstruir una se sitúa en el corazón de todos los movimientos sociales, de todas las resistencias.

El movimiento obrero (no distinguiremos aquí las representaciones que se hayan dado voluntariamente o no, en su conjunto) ha intentado, en el transcurso de su historia, dar un alma a la comunidad obrera; indicaba así que un movimiento colectivo y revolucionario no podía construirse más que sobre la base de una solidaridad concreta, ligada al mismo tiempo a un modo de vida comunitario y a un proyecto político (el espacio: la ciudad, el barrio obrero, y el tiempo: el socialismo futuro).

Pero, con la regresión, podemos descubrir varias insuficiencias, incluso “errores”:

La comunidad obrera ha ignorado demasiado lo que la constituye también fuera de la fábrica. El sindicalismo (excepto, en parte, el anarcosindicalismo – y es eso lo que hace su especificidad) ha reforzado progresivamente esta tendencia. De hecho, se han negado numerosos problemas muy reales y constitutivos de esta comunidad (relaciones extralaborales, urbanismo, sexualidad, espacio, dimensión cultural...) y se han descartado del centro de preocupaciones del movimiento obrero. La primera consecuencia fue la exclusión de aquellos que no se encontraban dentro de la fábrica y que sin embargo pertenecían a la misma clase: una parte importante de las mujeres, de los niños, de los ancianos, y de todos aquellos que se clasifican con los términos de “desviados”, “marginados” o ahora “precarios” (La película *La sal de la tierra* es absolutamente explícita sobre esta verdad).

La segunda consecuencia es la puesta en práctica de la teoría de los frentes principales y los frentes secundarios.

FRENTES PRINCIPALES Y FRENTES SECUNDARIOS

Esta teoría pretende privilegiar a los sectores-frentes en lucha que se sitúan en el mismo terreno de la producción, en detrimento de los otros; por consiguiente, la fábrica, lo económico, la clase obrera, en detrimento de lo que concierne al proletariado en general, de las formas de explotación y de opresión más amplias o exteriores al trabajo, etc. Esta teoría se basa en la constatación de que son las relaciones de producción las que determinan en parte la relación de la fuerza general entre clases, y en consecuencia permiten a las otras luchas, a los otros frentes, construirse e introducirse en los espacios que de este modo quedan libres por un reparto de fuerzas global. Hasta aquí, consideramos que eso es exacto. El problema es que algunos (sobre todo los marxistas) han llegado a considerar que lo que no podía tener éxito en establecer una relación de fuerzas global (las luchas que no se dan sobre el terreno de la producción) era “secundario”, vale decir sin importancia, incluso despreciable. El problema no se debe plantear así; en efecto, si las luchas en la escuela, las de las mujeres, de los homosexuales, las luchas culturales, etc, no consiguen ellas solas establecer una relación de fuerzas social, se puede considerar también que sin ellas, las luchas en el terreno de la producción “pierden su alma”, su misma razón de ser, ya que ya no serían portadoras de utopía, ni de la expresión de TODAS las razones que hay para rebelarse contra la sociedad capitalista. No se puede hablar por tanto de luchas secundarias. Son igual de principales e importantes. El problema es llegar a que se compenetren unas y otras. Señalemos también que la lógica de la distinción entre frentes principales y frentes secundarios conduce a no preocuparse más que de las luchas políticas – en el mal sentido del término – es decir, de la toma institucional del poder, en detrimento de todas las tentativas de grupos sociales por reapropiarse de un poder cualquiera sobre su vida. Una razón más para rechazar esta concepción.

El movimiento obrero se construyó, en la segunda parte del siglo XIX y al principio del XX, en un periodo en que se consolidaba la construcción de los Estados – Nación; el nacionalismo que se expresaba entonces era esencialmente portador de chovinismo, de racismo, de guerra, y el movimiento obrero, que se fraguó contra esos valores, no podía hacer otra cosa que rechazar violentamente, y con toda la razón, ese nacionalismo.

El hecho nacional (las características de cuya época veremos más adelante) pensó poder sustituirlo el movimiento obrero por la pertenencia universal de clase. Ahora bien, es obligatorio constatar que las previsiones que concernían a la universalización de la clase obrera a corto plazo entrañaban la interiorización de un sentimiento de pertenencia vinculado a la condición de trabajador, y no a un territorio o a una cultura, se han revelado como erróneas, al menos hasta ahora.

Hay que recalcar que el movimiento obrero se forjó en el seno de la cultura occidental-europea, es decir en el seno del imperialismo. Como reacción, en efecto, a este último, pero también imprimiéndole inconscientemente algunos esquemas ideológicos y culturales. De esta forma, el modelo de Obrero era el obrero europeo o americano de las grandes unidades de producción, y se pudo pensar entonces que la proletarianización de otras partes del globo fabricaría obreros con el mismo modelo. Nada de eso sucedió.

Este esquema cultural europeo tiene su origen en la ideología republicana de 1789: tanto el anarquismo como el marxismo están impregnados de la ficción del “hombre universal” como el único capaz de liberar al mundo. Sin embargo, este concepto que se pretende totalizador (¡en totalizador podemos leer totalitario!) no puede, en definitiva, sino posicionarse contra el “hombre real”, aquel que vive, que quisiera ser dueño de una

realidad, un espacio que él conoce y al que puede finalmente referirse. Olvidar esto y no referirse más que a un universalismo abstracto – aun impregnado de humanismo – es hacer un favor a los estados, a las estructuras autoritarias, únicas en condiciones de dominar – o de hacerlo creer así – las entidades que escapan al común de los mortales.

Hay que comprender que el nacionalismo patrioterista y belicista, vinculado al nacimiento de los Estados – Nación, desempeñaba una función vital y necesaria – la de la pertenencia y el arraigo -, pero desviándola: una especie de neurosis.

La pertenencia a nivel mundial a una misma y única comunidad de clase, de todos los trabajadores, por justa que sea ideal y teóricamente, no correspondía más que a una ausencia de realidad vivida por la mayor parte de ella. Noción intangible, no podía incluir el conjunto de lo que las personas buscan en la necesidad de identidad; por consiguiente, ante los primeros ataques de la burguesía esta referencia se vino abajo y el movimiento obrero, casi en su totalidad, se precipitó a la guerra y al patriotismo, entregándose a otra abstracción, pero más próxima y con más medios para seducir, el Estado – Nación.

El internacionalismo proferido por el movimiento obrero ha sido demasiado a menudo negador del hecho nacional, lo que ha contribuido, como consecuencia, a reforzar sus efectos perversos. Del mismo modo que la negación del hecho nacional suele esconder mal el imperialismo de una nación, tras el internacionalismo se ha ocultado demasiado a menudo la dominación de modelos geográfica e ideológicamente concentrados y limitados. De este modo se ha podido pasar del famoso “los trabajadores no tienen patria” a la siniestra “patria de los trabajadores”. Y, más que en una mala “dirección política”, es aquí donde hay que ver la consecuencia de la impregnación de un pensamiento profundamente burgués, del que se puede rastrear una filiación que va del hombre universal del ideal republicano al obrero – masa de los años 70.

Ciertamente se pueden encontrar impulsos auténticamente internacionalistas en la historia: de las Brigadas Internacionales en España a la solidaridad con Polonia; del movimiento de apoyo a Sacco y Vanzetti al – aunque débil – de los mineros ingleses. Manifiestan sin duda que sectores importantes de trabajadores sienten – y actúan en consecuencia – que existen más intereses comunes con los explotados del otro extremo del mundo que con su propia burguesía nacional.

Pero estos impulsos – tan sinceros como interesados – encuentran pronto sus límites si no están anclados con fuerza en un movimiento local y más limitado, que se apropie de su territorio, de su cultura, al mismo tiempo que de sus medios de producción. Si no, se convierten en asunto exclusivo de militantes, de políticos, de grupos de presión que se deslizan rápidamente a una elección de campo de clase... a una elección de Estado – Nación... y entonces revierte hacia el patrioterismo y el espíritu guerrero.

Así pues, hay que comprender perfectamente, y extraer de ello las consecuencias, que la forma como se vive la pertenencia de clase no es universal y no depende solamente de la posición dentro de la división del trabajo; que entran en juego aspectos geográficos, lingüísticos, culturales, que subordina de manera lineal al modo de producción es extremadamente simplista.

A este respecto, se debe considerar positivo este despertar del hombre real frente a las abstracciones totalizadores/totalitarias. Despertar que encontramos tanto en la toma en consideración de todos los problemas que constituyen la vida cotidiana bajo todos sus ángulos como en la emergencia de pueblos que habían sido negados hasta el presente.

Este despertar ha dejado en un mal lugar a los viejos esquemas inoperativos y ha permitido tomar en consideración todos estos problemas en lugar de mandarlos sin juicio al vertedero de la historia.

Pero si este despertar se traduce a menudo como reacción – y es comprensible – en un repliegue individualista y “apolítico”, hay que considerar que no es más que un momento y que será necesario que estas experiencias desatasquen de nuevo lo “colectivo” y lo “positivo”.

Además, nosotros mismos nos hemos dado cuenta de cuántos problemas de pertenencia eran importantes en el propio seno de las luchas que, a priori, no tienen mucho que ver con las luchas de liberación nacional: lo nuclear, las luchas en la siderurgia, la vida en el campo, los movimientos de inmigrantes, de mujeres, de homosexuales, las comunidades, etc... están impregnados de ellas. Cuanto más se nieguen e incluso combatan unos esta dimensión y más contestación opongan los otros, los interesados, más aspectos reaccionarios presentarán (sectas, racismo, interclasismo, retrocesos...)

Así es como nos planteamos el apoyo a las luchas de liberación nacional. En una relación de reciprocidad, de internacionalismo real. No como desfiles con algunos eslóganes sobre “la justa lucha de tal o cual pueblo”, sino poniendo en evidencia hasta qué punto esa lucha tiene un papel positivo para nosotros, y de qué forma también pueden ayudar nuestras propias luchas a tal o cual movimiento.

Por ejemplo, por qué apoyar a los independentistas kanakos. Por supuesto, porque el derecho de autodeterminación, la lucha contra el colonialismo, son fundamentales y no se discuten. Pero también porque es una manera de atacar a nuestros enemigos en la Francia continental; y porque nosotros también tenemos que desarrollar nuestras propias capacidades de autonomía y de independencia.

Las luchas de liberación nacional son, actualmente, importantes trabas en la estrategia de los Estados y en la reestructuración de las relaciones Este/Oeste y Norte/Sur, y quizá especialmente contra la ideología del consenso que es ahora mismo nuestro enemigo número uno. Todas estas luchas atacan por el flanco al Estado y al centralismo.

Pero, atención, lo que nosotros apoyamos son las luchas y no sólo un principio. Hace falta que la reivindicación de independencia sea realmente emprendida por la gente, por un movimiento; tal es el caso, por ejemplo, de Kanaky, de la Guadalupe, de Irlanda, de Córcega, de Euskadi; no es el de Occitania donde, por el momento, la reivindicación autonomista agitaría un mero fantasma y donde previamente es necesario acometer un trabajo de recomposición social y cultural.

A este respecto, se puede constatar que sólo han sobrevivido, tras el reflujó de la ola de 1968, los movimientos que existían antes; los que se han creado en esta época casi han desaparecido... probablemente porque surgieron más de la ideología que de la necesidad y del interés.

ALGUNAS CONSIDERACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL ESTADO – NACIÓN

Un punto capital en la creación del Estado – Nación y del sentimiento nacional en los viejos países de Europa parecen ser los procesos económicos que se precedieron y siguieron a la revolución industrial (y a la revolución política en Francia). Es la época en que, en la dinámica del capitalismo, las viejas ciudades, los antiguos centros mercantiles, dejan de ser el polo esencial del desarrollo capitalista, relevadas a partir del siglo XVII por estos grandes estados territoriales. En ese momento se convierten éstos en mercados internos, nacionales y relativamente autónomos; y para ello había que introducir en la “economía nacional” a todas las pequeñas ciudades y burgos y, al campesinado, en los circuitos mercantiles. Lo que poco a poco empieza a materializarse, y desde antes de la revolución industrial, es una entidad de tres polos: el Estado, el mercado, la Nación. El Estado debe convertirse en el fundamento, el guardián del mercado nacional. Se establece una relación muy cerrada, muy estrecha, entre estos niveles. Cuando la burguesía “se hace con el poder”, ha pasado ya mucho tiempo desde que el sistema funciona según sus intereses. El sentimiento nacional, el patriotismo de los estados – nación del siglo XIX, a través del Estado de derecho, la ciudadanía, el servicio militar obligatorio, la escuela laica que enseña la moral, la instrucción cívica y la historia “nacional”, se puede hablar realmente de la burguesía como la clave que instrumentaliza el aparato de Estado y la ideología nacional en beneficio de sus intereses.

Teniendo en cuenta esta simbiosis muy sólida: Estado, mercado, nación, hay verdaderamente para la burguesía una esfera de acción posible, una práctica posible y eficaz en un espacio unificado y ampliamente autónomo. Este vínculo entre los imperativos económicos, la ideología y la dominación de clase fue subrayado en el artículo de R.Furth que apareció en el nº 5 de *Interrogation*, “La guerre contre les idiomes” (La guerra contra los idiomas). Lo desarrollará la Escuela de la III República (n de t: francesa) con todo el arsenal ideológico tomado en préstamo de la Revolución. Sin duda, el proceso de uniformización estaba en curso desde el siglo XVIII bajo la presión de la necesidad de cambios económicos en el desarrollo del capitalismo. Pero será obligación de la escuela inculcar un “francés elemental” que prepare al futuro trabajador en la lengua del contrato de trabajo y de la autoridad; que lo prepare también para desplazarse siguiendo las leyes del mercado de trabajo. Esta lengua unificada, que vehicula los valores de la nación, del centralismo, del trabajo y de la disciplina, excluye además, lógicamente, cualquier mención positiva de las formas de oposición obreras y de las luchas sociales. Al mismo tiempo, se difunde también una historia elemental que tiene como misión expurgar de la memoria colectiva las huellas de una historia no francesa, es decir, no burguesa.

Se entiende que en aquel momento una de las reacciones del movimiento obrero fuese la de desarrollar tanto como fuera posible, una conciencia internacionalista susceptible de oponerse a este “nacionalismo” del que la burguesía, en cierta forma, se había apropiado. Esta idea de internacionalismo tal y como la vemos en práctica, por ejemplo cuando la retoman los grupos bolcheviques, no es otra cosa que la caricatura de lo que pasaba en el siglo pasado. Entonces, la idea de territorialidad de un pueblo, de comunidad, es sustituida por la idea de comunidad obrera, con su cultura, sus territorios (barriadas de las ciudades), sus referencias, su historia, sus pertenencias (véase, por ejemplo, la Comuna de París).

Sabemos también hasta que punto, después de la revolución rusa, el desplazamiento de esta idea ha podido convertirse en una verdadera catástrofe con la noción de “patria de los trabajadores”.

Sabemos también que la realización de esta idea de comunidad obrera jamás se operó completamente. Amplios sectores de los movimientos obreros aceptaron la escuela, el servicio militar, partiendo de que estaban en los códigos jurídicos de la ciudadanía, de la igualdad jurídica... Sabemos también del fracaso de famosas proclamaciones de huelgas generales hechas al estallar algunas guerras. En cierto sentido, las clases obreras de las grandes metrópolis estaban profundamente unidas al sentimiento de identidad cultural y nacional.

La ambigüedad de fondo de los movimientos de finales del siglo XIX y principios del XX es que se producían en una época en que la Europa política no estaba modelada en su división territorial, en particular en todo el centro de Europa, y que el capitalismo debía proveerse de estructuras “administrativas” más adecuadas y más estables que las viejas monarquías. Los movimientos nacionalistas participaban en este remodelado y a menudo encontraban en él motivo para una salida política. Los movimientos nacionalistas del siglo XIX tenían ante sí “un terreno del que apoderarse”, “una nación que crear” y, en esa época, eso significaba un mercado nacional que construir; de ahí la práctica hegemonía de las tendencias burguesas en el interior de esos movimientos. Los movimientos nacionalistas del siglo XIX, el “derecho de los pueblos a disponer de sí mismos”, servían naturalmente a los intereses de las clases dominantes.

Pero mientras que Europa se remodelaba políticamente en función de la organización capitalista triunfante, las premisas de otras luchas de liberación nacional se iban perfilando. En efecto, desde el final del siglo XIX a la segunda Guerra Mundial, nos encontramos en el período del colonialismo triunfante. La vieja Europa organiza metódicamente el pillaje de África y Asia, logra desestructurar las comunidades autóctonas, perfecciona su sistema administrativo de gestión de las colonias. Por supuesto, ni se plantea para estos inmensos territorios explotados la posibilidad de independencia, ni de crear un estado, ni siquiera de su reconocimiento como Nación. A menudo, apenas considerados seres humanos, se somete a sus habitantes a las peores degradaciones que se puedan imaginar.

Después de la segunda Guerra Mundial, unas transformaciones importantes van a afectar la sagrada trinidad Estado – Mercado – Nación.

1. La descolonización va a cubrir la Tierra de nuevos Estados – nación, por ejemplo en África. Hasta el presente, al mundo capitalista no le afectaba la cuestión nacional más que en su centro, esencialmente en Europa; las colonias no participaban en el gran juego. Entonces, después de 1945, todo lo que pudo convertirse en un Estado – Nación lo hizo. Pero al mismo tiempo, estos estados del Tercer mundo son completamente aberrantes. Son meras burocracias parásitas del todo incapaces de crear instituciones que reagrupen, en un mismo mercado relativamente autónomo, una nación ideológicamente unificada. Construidos en función de simples delimitaciones coloniales, estos estados agrupan a poblaciones totalmente heterogéneas a las que no une ningún sentimiento de identidad. Por otra parte, estos países son completamente

- dependientes económicamente de las metrópolis capitalistas y por consiguiente en las antípodas de crear nada que se parezca a un mercado unificado. Estados aberrantes, puras ficciones jurídicas o pandillas de parásitos sirven de recaderos a los países industrializados
2. La mitad de Europa pasa a estar bajo el yugo del imperialismo militar soviético. La política de rusificación en la propia URSS y el peso de la dominación fuera de ella comienzan a segregar resistencias (Polonia, la aparición de un antimilitarismo en la RDA...)
 3. En los propios antiguos países industrializados, el Estado burgués del siglo XIX se ha transformado profundamente durante el periodo de crecimiento de los años 45-70. Anteriormente, el Estado jurídico, administrativo, militar, policial, ideológico, no intervenía más que en el terreno económico y sólo para codificar los movimientos del capital; este Estado se hace bulímico, en parte por el efecto de las luchas de clase. Por mediación de los servicios públicos, de las nacionalizaciones, él mismo se convierte en un actor económico. A través del mecanismo de redistribución de las rentas sociales (jubilaciones, subsidios, paro, seguridad social, pensiones...) ha entrado en proceso de "socialdemocratización". Estado – bienestar, Estado – providencia, como se quiera. Gracias a éste se dio lugar al consumo de masas cuando se convirtió en una necesidad para el sistema. Y hoy, estas funciones se han vuelto prioritarias en la mentalidad de las personas. Ya no se espera la reconquista de alguna Lorena, sino el crecimiento de las jubilaciones. Ahora bien, este Estado actual, debido a la crisis económica, es cada vez más incapaz de satisfacer las necesidades que, por otra parte, ha contribuido a crear.
 4. El factor esencial que sin duda cataliza la crisis depende sobre todo de la liquidación del antiguo espacio autónomo que era el mercado nacional. En el desarrollo del capitalismo que sigue a la guerra, las economías de los estados van a salir de sus fronteras. En Francia, a partir de 1958, la economía francesa poco a poco deja de vivir en un compartimento relativamente cerrado, movimiento que irá acelerándose, y hoy está del todo inmersa en el mercado mundial, en la economía mundial. El mercado vierte, un poco más cada día, en un mero agente técnico al servicio de los movimientos internacionales del capitalismo. Dicho de otro modo, la síntesis realizada en el siglo pasado entre el Estado, el mercado y la nación está disolviéndose.

Los movimientos nacionalistas del siglo pasado eran fundamentalmente portadores de valores burgueses en la medida en que pretendían construir este Estado nacional de valores burgueses en la medida en que pretendían construir este Estado nacional al servicio de los intereses económicos de una clase dominante nacional, para la realización del beneficio, en un cuadro unificado ideológica y económicamente. Ahora bien, ya no es éste el caso. Europa, todo el planeta, ha sido delimitado, repartido, y a toda disidencia nacional le cuesta encontrar un espacio del punto de vista territorial, y sobre todo un espacio capitalizable y sostenible políticamente por una nueva burguesía nacional. En estas condiciones, en este mundo en que todo lo que podía llegar a ser Estado – Nación lo ha hecho, incluso las formas monstruosas de estados del Tercer Mundo, este Estado, profundamente transformado, es incapaz de satisfacer las exigencias que él mismo en parte produce. Su autonomía no es más que técnica en el interior del marco dominante del capitalismo mundial y de la subcultura de masas made in USA; las disidencias nacionalistas dejan de estar ineluctablemente volcadas a servir a los intereses de una burguesía. Por tanto están, más a menudo que otras antes (no

siempre), en ruptura de hecho con el consenso político y económico, y especialmente cuando emergen en el seno de los viejos escenarios de los estados – nación seculares. Con la creciente inestabilidad que resulta de la crisis actual, la necesidad de una identidad colectiva no puede hacer otra cosa que crecer. Y ya no es posible mantener, frente a estas realidades profundamente modificados en relación con el siglo anterior, un discurso chapado al género “reivindicación nacional = reivindicación de un Estado”. Por supuesto, no hay que entonar los eslóganes contrarios, “apoyo total a las luchas de liberación nacional”. Pero hemos entrado en un área de incertidumbre en que las cosas y los procesos ya no se determinan automáticamente como pudo haber parecido antes. Sabemos que el repliegue sobre un sentimiento de pertenencia, cualquiera que sea, es susceptible de engendrar el rechazo de otros. La triste realidad del sionismo o de la revolución iraní demuestra que lo peor sigue siendo posible. Pero las luchas indias de Bolivia, los movimientos polaco, vasco, irlandés, indican que en torno a un sentimiento colectivo de pertenencia a un pueblo, a una nación, a una lengua... puede engranarse un proceso de lucha y situarse a fin de cuentas sobre el terreno de la lucha de clases.

QUE ACTITUD TOMAR ANTE LAS LUCHAS DE LIBERACIÓN NACIONAL

Existe una crítica llamada “de izquierdas” que se basa en el carácter habitualmente frentista de estas luchas.

Esta crítica retoma en parte, pero sistematizándolas o deformándolas, las reticencias de una parte del movimiento obrero en sus orígenes, y de las que ya hemos hablado para criticarlas en la primera parte de este texto. Volvamos a ellas rápidamente, no obstante.

Por supuesto, ejemplos del carácter frentista de una lucha de liberación nacional no faltan (Argelia, Vietnam...) y a buen seguro no faltarán en el futuro. Debemos hacer notar que esto no es patrimonio exclusivo de este tipo de luchas, y que las luchas obreras tradicionales, y otras, no evitaron el escollo del frentismo, de estas alianzas de clase que entrañan automáticamente el predominio de la burguesía nacional (formada o en formación) en el frente, y la subordinación de los intereses de las clases explotadas en su trabajo. Aquí como en cualquier otro lugar, no se esquivo el escollo evitando la lucha. Comprobamos que hay varias orientaciones posibles y que se lucha estratégicamente por una de ellas y tácticamente para debilitar a la otra.

Es muy poco probable que una lucha de liberación nacional lleve, hoy día, a una sociedad sin Estado, ¡del mismo modo que una lucha obrera no lleva más que muy raras veces a la abolición del trabajo asalariado!.

Lo que este tipo de crítica oculta más a menudo es que:

- Las luchas de liberación nacional, aunque se multiplican por el mundo, no presentan sino características extremadamente diversas: entre las luchas de los pueblos africanos o asiáticos dejadas de lado por la absurda división neocolonial, las luchas de las nacionalidades del imperio soviético, las de los pueblos aún colonizados de la manera más clásica, de pueblos que ni siquiera tienen un territorio y están diseminados, las que atacan a Europa en su mismo centro, las de los pueblos cuyos estados están dominados por el imperialismo americano o soviético, y muchas otras, las diferencias son grandes. Hay un único punto en común, no obstante: el derecho de autodeterminarse, el derecho a la

dignidad. Las estructuras económicas de estos pueblos son también muy diversas: presencia o no de una clase obrera, tradición o no de una naturaleza de las fuerzas opresoras, etc. Todas estas diferencias hacen que, evidentemente, las oportunidades de que se desarrollen unas características que se ajusten a nuestras referencias libertarias son extremadamente desiguales; en consecuencia, no podemos sacar partido de un apoyo en función del programa oficial de tal o cual grupo de resistencia; por el contrario, debemos analizar las dinámicas internas o externas creadas por tal o cual movimiento y ver si lo que sucede en ellas va más en un sentido que en otro: y, es obvio, las dinámicas kanakas o vascas, por ejemplo, no van en el mismo sentido que las de los ayatollahs en Irán

- Contrariamente a lo que piensan algunos, las dinámicas de luchas de liberación nacional pueden situar a las personas en una relación de apertura con el exterior, de intercambio, de debate, que abren unas perspectivas tan internacionalistas como nacionalistas.

Por consiguiente, ser libertario en una lucha de liberación nacional ¿no es luchar a cualquier precio para que la abolición del Estado o el comunismo libertario formen parte del programa!. Sabemos, entre otras por la experiencia española de 1936, que esto no sería de ningún modo una garantía ¡y que unos antiestatales bien pueden acabar en el Gobierno!

La cuestión más bien es ésta:

Si la soberanía se conquista y el Estado la sanciona, ¿cómo hacer para que éste sea lo más débil posible frente a un pueblo lo más fuerte posible? Se trata por tanto, aquí como en otros casos, de una estrategia dedicada a reforzar y consolidar la relación de fuerzas de los explotados: agudizar la lucha de clases. Tácticamente, en la lucha de liberación nacional, existen unos ejes fundamentales que defender:

- Liquidación, por supuesto y en primer lugar, de la dominación extranjera
- Revolución social, es decir, eliminación de la burguesía nacional y del poder de clase con una reorganización de la vida social y de la producción orientada hacia la satisfacción de las necesidades expresadas por las clases explotadas y no en función de los imperativos del mercado y del beneficio.

Esto significa concretamente multiplicar las estructuras de poder popular que se hagan a cargo de todos los aspectos de la vida, que deberán ser al mismo tiempo órganos de lucha en el presente y en el futuro.

Por consiguiente, se deberán combatir las tácticas de integración en las instituciones y preservar la autonomía de las estructuras de contrapoder que se creen.

El concepto de revolución nacional y social (ya presente en 1920 en el movimiento majnovista de Ucrania) aparece en un cierto número de movimientos. Hay que intentar introducirlo allí donde no exista, estudiando sobre qué puede articularse y construirse poco a poco; mantenerlo de forma vigilante allí donde sea tenido en cuenta, es decir, luchas contra las tendencias que quieran acordar una preeminencia de lo “nacional”

- También hay que combatir las formas de reivindicación o de lucha que tiendan a reforzar el peso de una futura o actual burguesía o de unos notables. Y esto es particularmente importante para todo lo que concierne a las formas de desarrollo económico

Y, en fin, mantener para con la lucha armada, cuando exista, el papel que le conviene, es decir, de prolongación de las luchas sociales políticas y culturales, y controlar que no adquiriera un papel de dirección.

- Luchas para que la pertenencia a una lucha tenga tanta importancia como la pertenencia étnica. Dicho de otro modo, que el vínculo voluntario sustituya al vínculo de sangre. Favorecer en el sistema de pertenencia aquello que se adquiere (lengua, lucha...) en detrimento de lo que se recibe (raza, filiación...). Es así como el movimiento vasco ha sabido integrar en su seno a trabajadores “extranjeros” o como en el FLNKS podemos encontrar no kanakos de origen, wallisianos, asiáticos o incluso blancos.

En lo que respecta a la **cultura**, se ha considerado muchas veces que las luchas regionales o nacionales estaban orientadas hacia el pasado. En realidad no lo están más que en función de un modelo que se pretendió dominante y universal y que, por lo tanto, está considerado como representante del futuro... ; lo que, como acabamos de ver, está lejos de ser verdad!. Es evidente que nada es definitivo y que, más en este sentido, queda todo por jugar (...)Para terminar, nos limitaremos a una cita de F.Fanon:

“Pensamos que la lucha organizada y consciente emprendida por un pueblo colonizado para restablecer la soberanía de la nación constituye la manifestación más plenamente cultural que existe... la propia lucha, en su devenir, en su proceso interno, desarrolla las diferentes direcciones de la cultura y esboza las nuevas. La lucha de liberación nacional no restituye a la cultura nacional su valor y antiguos contornos. Esta lucha que apunta a una redistribución fundamental de las relaciones entre los hombres no puede dejar intactas ni las formas ni los contenidos culturales de un pueblo. Tras la lucha, no se dará solamente la desaparición del colonialismo sino también la desaparición del colonizado...”

OCL. 1987

POR LA INDEPENDENCIA TOTAL Y LA ANARQUÍA SIN LÍMITES. Grupo Ikaria

1.- La crisis del Movimiento Libertario

El movimiento libertario está atravesando ahora y aquí una profunda crisis, que es necesario observar a diferentes niveles.

1.1 El Españolismo

El sentimiento libertario de rechazo al poder, no se ha plasmado en una postura favorable a la liberación nacional. Diferentes factores han contribuido: la inexistencia de un trabajo teórico profundo que articule la liberación nacional dentro de una propuesta libertaria de lucha global, un excesivo dirigismo ideológico y anquilosamente general, el miedo a los mitos del “estado catalán” y del “interclasismo”, la confusión obrero – inmigrante / burgués – catalán, etc, todos estos aspectos serán tratados con más detenimiento en los siguientes capítulos.

La práctica que se desprende de esto es netamente españolista, es decir, paralela a la del estado “español”, y se manifiesta a niveles diferentes:

- la reproducción exacta del marco territorial impuesto por el estado, como marco de lucha y de organización futura
- la utilización casi exclusiva del idioma oficial en la prensa y propaganda
- la aceptación de las ideas de España y de españoles, como cosas naturales
- la indiferencia cuando no menosprecio ante la lucha por la liberación nacional

Esta postura españolista no es, en principio, y esto lo constatamos con tristeza – un obstáculo para conseguir adeptos entre la clase trabajadora. El independentismo, aquí en los PPCC, casi no tiene incidencia en el mundo del trabajo (n de t : téngase en cuenta que este texto es de 1975), a pesar de sus esfuerzos en este sentido. Esto es triste, pero es necesario ver que si la clase trabajadora no es independentista, actualmente tampoco es anticapitalista. El obstáculo se produce de cara a unos sectores que analizaremos más adelante, que son los que en estos momentos llevan todavía un enfrentamiento contra el poder, y entre los cuales el españolismo es un revulsivo.

Sentimos muy profundamente el españolismo que impregna los medios libertarios, pero sería un grave error atribuir la crisis a este único motivo

1.2.- Dirigismo ideológico/moral de grupo

¿El anarquismo es una ideología? Esta pregunta se nos hizo en un debate realizado en radio Venus con compañeros del movimiento libertario.

Hemos hecho una entretenida comparación entre ideología y religión (tomando el cristianismo como modelo) y hemos descubierto las similitudes siguientes:

- Las dos prometen un cielo donde todos son felices y buenos
- Tienen una jerarquía sacerdotal que aletarga a los creyentes con la promesa de este cielo.
- Tienen personajes santificados a los que rinden culto
- Se horrorizan ante la “herejía” , como ruptura de su sistema de valores, como ruptura de la “verdad”
- Mantienen determinados rituales (mitin – misa, manifestación – procesión, consigna – oración, celebración de determinadas fiestas, adoración de los líderes, etc)
- Necesitan una masa de fieles a la que puedan atontar con su discurso
- Simbología, martirología, etc ...

Una organización o un movimiento que no esté permanentemente abierto a la autocrítica, acaba siendo una nueva iglesia. Así, a menudo Marx ha acabado en profeta de un nuevo mundo paradisiaco, y su obra, en la Biblia que las diferentes sectas – leninista, maóista, trotskista, stalinista... – se apresuran a interpretar. Y hace falta añadir que algo parecido ha pasado dentro del movimiento libertario. Es por esto, que valoramos muy positivamente cualquier crítica – y sobre todo cualquier práctica – antidoctrinal, ya sea un hecho tan brutal y maravilloso como el estallido insurreccional de la Autonomía Operaria en la Italia del 77 (alucinamos a Marx) o el trabajo realizado

por Arco da Vella en Galicia, Askatasuna en Euskadi, o, ahora, por la Coordinadora Libertaria de los Países Catalans.

De todas formas, y a pesar de la creciente religiosidad del movimiento libertario queremos reivindicar el anarquismo, por considerarlo algo sustancialmente diferente a una ideología. En primer lugar, no es obra de un solo autor, sino del resultado de las diferentes aportaciones de un conjunto heterogéneo de autores. En segundo lugar, no es un proyecto acabado, sino que por su propia dinámica antiautoritaria es necesariamente adocrinal y abierto a las nuevas situaciones. En tercer lugar, a partir de la idea de anarquía (no-poder) ha dado prioridad a la negación (lucha e insurrección) ante la afirmación (la sociedad futura). El anarquismo, más que una ideología es una actitud vital del individuo de rebeldía contra todo poder.

A pesar de todo esto, dentro del movimiento libertario existe un dirigismo ideológico. Hay una verdad inmutable que todo militante tiene que aceptar. Si un individuo es suficientemente crítico cómo para dejar de militar para la verdad, y empieza a pensar por si mismo, será tildado de hereje, de disidente, de revisionista, etc... La más triste constatación de todo esto la tenemos en la expulsión de la CNT de Euskadi del colectivo libertario Askatasuna, que definía la liberación nacional e independencia de Euskadi dentro de una alternativa libertaria y global. Nosotros somos herejes, en el sentido de rechazar cualquier planteamiento doctrinario, incluida – y esto es básico- una hipotética doctrina “anarcoindependentista”.

Cuando hemos planteado asumir la liberación nacional desde una perspectiva anarquista, hemos desencadenado la furia doctrinal de los sacerdotes anarquistas. Si esto sirve para que salgan de su letargo devocional ya está bastante bien: un movimiento sólo avanza a partir de herejías. Establecer unas líneas rígidas que tiene que seguir una idea que quiere liquidar cualquier poder, significa incurrir en una grave contradicción, dado que establecer este rigidismo no es otra cosa que dictar unos límites, unas prohibiciones, un nuevo poder. Y cuando una idea empieza a parecerse a una religión, es que el movimiento que la encarna está en franca descomposición.

Pero de la misma manera que un estado puede perpetuarse gracias al seguidismo de la masa conformista, este dirigismo ideológico sólo ha sido posible gracias a la pasividad y alineación de las bases libertarias. Y sobre todo, gracias a la moral del grupo. Por moral del grupo entendemos la incapacidad crónica de determinados individuos a tener un criterio propio, y que por tanto puede llegar a ser diferente al criterio del grupo. El grupo – cualquier grupo- genera unas determinadas pautas de conducta, unos gustos y preferencias, un vocabulario, forma de vestir, etc. Se establece una relación psicológica entre amoldarse a él bien y premio (aprobación moral del grupo) y amoldarse mal y castigo (desaprobación moral del grupo). Resulta desesperante constatar la presencia y magnitud de estas formas de poder en un movimiento que afirma querer destruir cualquier poder, especialmente en los años 1976-77 (quizás ahora no tanto porque somos menos). La “anarcomoda” supuso la adopción de unos roles de conducta supuestamente libertarios, sin una reflexión previa y propia.

Si con los sacerdotes hemos chocado con la furia doctrinal, con esta especie de monaguillos el único argumento que hemos encontrado han sido sonrisas, frases hechas e intentos de apelación al tribunal supremo de la moral del grupo, en intento de justificar su cretinismo ideológico. Este individuo es débil y se refugia en la moral del grupo, como el cristiano se ampara en la religión.

1.3.- Falta de perspectivas

El movimiento libertario, ni cuenta con una mínima articulación que dinamice el proceso revolucionario, ni tiene definidas una estrategia y una táctica anticapitalista a corto, medio y largo plazo, que aceleren este proceso. En la situación actual, sobreviven algunos grupos, pero al estar faltos de estas condiciones, su práctica se reduce a una suma de acciones aisladas perfectamente ineficaces para destruir un estado cada vez más fuerte. Llegados aquí, el movimiento libertario puede pasar a formar parte de los mecanismos de asimilación del poder, en tanto que lugar donde aparcar los disidentes, pero sin un peligro de desestabilización real, dada la militancia vegetativa y testimonial que se lleva, y el anarquismo puede convertirse en religión, con una doctrina fósil que pretende tener respuestas para todo, y, sobre todo, que permite soportar la vida con la promesa de un futuro mejor, convirtiéndose en ambos casos, en práctica inmovilista... un caso aparte son las CNTs.

1.4.- Los esquemas tradicionales

Las CNTs sí que presentan un proyecto tanto de articulación como de estrategia: el anarco-sindicalismo. Pero además de su españolismo, cierre doctrinario en general y conservadurismo de muchos militantes – a niveles como familia, sexualidad, etc – mantienen los esquemas del siglo XIX: el obrerismo y la definición de la revolución y del mundo futuro en base al trabajo. No han entendido que los esquemas tradicionales murieron en Mayo de 1968 y que desde entonces hemos entrado en una dinámica de lucha totalmente diferente.

El mundo del trabajo ni es el motor de la revolución ni es la base sobre la cual se ha de definir la sociedad futura (en el comunismo libertario el trabajo es una actividad marginal). La lucha obrera es sólo uno de los campos de actuación. Es más, en las sociedades democráticas occidentales, donde el progresivo aburguesamiento de la clase obrera ha atenuado hasta hacer desaparecer la lucha de clases, si exceptuamos los periódicos reacomodos de los salarios al nivel de consumo – práctica necesaria para el capitalismo- y donde el estado, a través de sus mecanismos de control (partidos, sindicatos, televisión, escuela...) es aceptado por la población, la lucha obrera ha quedado atrás respecto movimientos como el ecologismo, el antimilitarismo, el movimiento estudiantil, etc...

Por todo esto la vieja oposición clase obrera/burguesía como motor fundamental de la revolución no sirve, y es necesario introducir un concepto nuevo, el concepto globalizador del viejo mundo, que se opone a un sector revolucionario nuevo, que tiene la particularidad de no ser externo al propio viejo mundo. El viejo mundo lo es todo: la minoría dominante, la izquierda colaboracionista, la masa conformista... Viejo mundo no es una clase social ni una categoría económica, es una concepción de la vida resultante de siglos de explotación y de alineación, una concepción compartida indistintamente por el burgués o por el obrero. Viejo mundo es un concepto que globaliza una civilización entera. Las diferentes formas de estado representan las posibles estrategias de este mismo hecho.

Por lo que respecta al nuevo sector revolucionario, ha habido diferentes intentos de definición. Para el colectivo Askatasuna es el ciudadano trabajador. Esta concepción

todavía está dentro del obrerismo. Para el movimiento provo holandés (1965-1968) es el provotariado: “la clase obrera ha pasado de ser la vanguardia de la revolución a ser la retaguardia de la reacción”. “La nueva clase revolucionaria es el provotariado – formado por los marginados, los estudiantes, los jóvenes descontentos, el lumpen...”. El error de esta concepción está en creer que todos los estudiantes o todos los marginados son la vanguardia de la revolución. Es necesario no hacer sistematizaciones, y especialmente en nuestra área geográfica, donde a pesar del conservadurismo de la clase trabajadora, pervive entre algunos (pero muy pocos, ¡eh!) sectores obreros aquel clima anticapitalista que se respiraba años atrás. En última instancia no se tiene que olvidar que el MIL surgió de aquí. Lo que es necesario desmitificar es el pretendido revolucionarismo de la clase obrera: el sujeto revolucionario es el individuo. Este individuo puede ser obrero, pero hasta en ese caso, no definimos su individualidad en función de la parte de su vida que más desprecia, el trabajo, el salario; o puede ser – como cada vez es más- un joven descontento, un marginado, etc, pero ninguna de estas etiquetas es anterior a su realidad de individuo.

La crítica al anarcosindicalismo de hoy se produce por no haber sabido entender el enorme potencial revolucionario de los numerosos colectivos libertarios de barrio, de instituto o de facultad, de pueblo, que aparecieron entre 1976-77, y en no haber dinamizado un proceso de articulación y de colaboración en que CNT fuese la vertiente obrera de un movimiento libertario global. Y la crítica – que es autocrítica- a los colectivos libertarios autónomos se centra que delegaron a menudo en CNT este tipo de iniciativas y no supieron adquirir una dinámica propia. Hoy de todo aquello ya no queda nada.

El anarcosindicalismo tiene que tener en teoría una actuación a un doble nivel. El primer lugar a partir de núcleos anarquistas de agitación y propaganda a las empresas. Y en segundo lugar, dentro de la asamblea general de los trabajadores de la empresa. La base del movimiento obrero será, consecuentemente, la asamblea, y la tarea del sindicato, además de la agitación y propaganda, está en colaborar en la resistencia, en la solidaridad con otros sectores, en la defensa jurídica, etc (en última instancia, la confederación de sindicatos sería el embrión de la sociedad futura). No obstante, en los años 1976-77, la CNT se lanzó a una campaña de captación de afiliados, similar a la de los “sindicatos mayoritarios”, es decir, basada en la masa obrera, no en el individuo anarquista, basada en la casualidad de los compañeros de empresa que se afilian a la CNT como se podrían afiliar a CCOO o UGT, no estaba basada en la concienciación. A partir de aquí, es decir, a partir del “sindicalismo de masas” que no es el núcleo anarquista de agitación, pero que tampoco es la asamblea de empresa, la CNT cayó en la contradicción de crear dentro de cada sindicato un núcleo anarquista dirigente que era el fundador del sindicato, y una masa de afiliados dirigidos por aquél. Esta masa, como toda masa, no tenía criterios propios, era simple carne de cañón del núcleo dirigente. En estas condiciones, un hecho como el “caso Scala” significó el inicio de la huída de la masa afiliada. Se ha querido presentar este caso como un gran montaje para dismantelar el movimiento libertario, pero en realidad, lo que se jugaba era la credibilidad de la CNT contra la credibilidad del estado, y quién juzgaba favorablemente a uno u otro era el grado de imbecilidad de cada espectador; los que éramos anarquistas antes del “caso Scala” después lo continuamos siendo; los otros eran simple masa alienada y manipulable, ayer por unos dirigentes, hoy por la televisión.

El anarcosindicalismo no sólo no se ha basado en el individuo nuevo respecto a la masa afiliada, sino que en muchos casos – no siempre, no obstante – los mismos militantes parten de unas concepciones progresistas en el aspecto socioeconómico, pero conservadoras respecto a aspectos como la concepción patriarcal de la familia nuclear, basada en la autoridad del padre y la sumisión de la mujer y los hijos, en la exaltación del trabajo, en sus sistemas de valores, al ser fieles del anarquismo, etc. Entendemos que el comunismo libertario no es sólo un proyecto social y económico, sino un proyecto integral y liberador, basado en un individuo totalmente nuevo.

El otro gran mito del anarquismo tradicional es la preocupación minoría/mayoría. En el siglo XIX podía tener un cierto valor referencial plantear la anarquía como una lucha de liberación de la mayoría contra la minoría dominante. Pero simplemente un valor referencial. Actualmente, todas las fuerzas políticas intentan legitimar sus propuestas apoyándose en el mito de la mayoría. Pero, de la misma manera que el anarquismo no es esencialmente obrerista, tampoco tiene por base la mayoría, sino el individuo. El comunismo libertario, la anarquía, no es una simple suma de personas iguales, con un funcionamiento interno progresista, son el resultado asociacionista de una serie de individuos previamente independientes. El individuo es único, autónomo, irreplicable. El individuo es un concepto anterior al de sociedad, y por tanto ésta tiene que ser expresión en aquél. Solamente en la anarquía su pertenencia a una sociedad – o mejor, a una “asociación”- es permanentemente voluntaria y rescindible. Nada se puede situar encima suyo. A partir de aquí, el individuo tiene derecho a luchar contra cualquier forma de dominación, sea ejercida por una minoría o, en última instancia, por una mayoría. Esta reflexión no es gratuita: el mito de la democracia (mito que será convenientemente destruido en los capítulos siguientes), juntamente con la creciente alineación de masas, puede llegar donde no pudo jamás llegar la dictadura militar: a identificar el estado con la sociedad. Si esto sucede, y en según cuales democracias occidentales está sucediendo, y la presente desmovilización puede ser una anticipación, las formas de lucha no asimilables por el poder, a partir de sus partidos y de sus sindicatos, etc, serán marginadas y posteriormente criminalizadas. Llegados aquí, la decimonónica dualidad minoría/mayoría pierde todo sentido. (Resulta grotesco observar las estrategias populistas u obreristas de la izquierda aspirante a parlamentaria, que vacila entre una postura radical que tenga una mínima coherencia anticapitalista y una postura moderada que sea atractiva para la masa conformista, a pesar de que haya dejado de ser anticapitalista). En resumen, a pesar de que es cierto el conformismo de la mayoría, es producto de la acción de una minoría, que es la realmente dominante, el mito de la mayoría como argumento de legitimación de posturas ha de desaparecer.

En este punto, sólo tenemos dos opciones: entender el anarquismo como una religión y esperar su cielo (llegar a la decrepitud física y contemplar retrospectivamente la gloriosa esterilidad de una vida de militancia) o tomarlo como un punto de salida de una práctica autónoma, directa e insurreccional, en permanente autocritica hacia el comunismo libertario.

2.- ESTADO/NACIÓN

La liberación nacional ha encontrado reticencias entre los medios anarquistas, entre otros motivos, por la confusión entre los conceptos de Nación y Estado

2.1.- Estado institucional y Estado territorial

La nación y el estado no son sinónimos. Ni tan sólo conceptos complementarios. Por estado, a parte de otros significados ajenos al tema, entendemos, de un lado, la institución de gobierno y de administración y, por otro, el territorio en dónde esta institución ejerce su gobierno y su administración. Está claro que ambos se condicionan recíprocamente, hasta el punto de que el uno es imprescindible para la continuidad del otro, pero existe entre ellos una diferencia de composición, que hace falta señalar y delimitar para poderlos oponer con claridad a la nación.

El Estado institucional, como forma organizada de poder, se desarrolla en el tiempo tomando diferentes formas como dictadura militar, democracia burguesa, socialismo estatista, etc (aunque las diferentes formas se reduzcan a esquemas similares: unos grupos dominantes ejerciendo el poder, unos cuerpos represivos para mantenerlo, una moneda para pagarlos, un lugar, la escuela, de adoctrinamiento de la moral y comportamientos del sistema, otros lugares – la prisión y el manicomio- donde aparcen los diferentes tipos de disidentes, el trabajo como actividad básica y valor supremo, una legislación al servicio de esa dominación...). En cambio, el Estado territorial se desarrolla en el espacio geográfico y se ve alterado en su extensión a partir de los conflictos internacionales, en definitiva, a partir del potencial bélico y financiero del Estado institucional del que es expresión.

El estado territorial, como resultado geográfico del estado institucional, incluye dentro suyo y de forma arbitraria, gran cantidad de lugares a menudo diferenciados poblacionalmente. Incluye toda una serie de individuos y les fuerza a tener un devenir histórico, social, económico, cultural, etc común al mismo tiempo que los separa, por medio de las fronteras, del resto de la humanidad.

2.2 Nación/Estado

El individuo engañado, sobre todo, por la escuela y los medios de comunicación, y seducido por exhibiciones de fuerza o actos de patriotismo (de una “patria” inventada por el estado), puede llegar a considerar el estado territorial donde ha sido incluido como una cosa natural y propia de la cual es una parte, hasta el punto de hablar de “compatriotas” o de “extranjeros” según se viva a uno u otro lado de las fronteras políticas. El estado, pero, está sometido a cambios que alteran su territorio e incluso que le hacen desaparecer o que hacen que nazcan otros. Por tanto, esta identificación del individuo con el estado vendrá delimitada por la capacidad de este a autoperpetuarse. Es aquí donde radica que sea un gran error confundir el estado con la nación. Por nación entendemos una comunidad humana que nace de la identificación de un grupo de individuos entre sí con las tierras en donde viven, identificación que es posible por una proximidad que permite el contacto y la convivencia y por una capacidad de comunicación que se concreta en una misma lengua como elemento fundamental para entenderse.

Mientras el estado se basa en la posesión de unos elementos de poder – un mismo gobierno, una moneda, un idioma oficial – que por muy comunes que sean a una población determinada no permiten utilizarlos como elementos definitorios de ésta, sino más bien como exponentes de su sumisión, la nación se basa en la posesión de unos factores también comunes a una población, pero expresan su realidad étnica, su personalidad colectiva.

Desde una perspectiva antiautoritaria resulta inadmisibles pensar que el estado configura una realidad étnica. El estado, incluso un “estado catalán” , siempre ahoga y pone tapujos a la realidad étnica.

Estado y nación no se corresponden ni conceptualmente ni territorialmente. A menudo el estado contiene más de una nación o bien una nación se ve repartida entre diversos estados. Cuando un estado es plurinacional, adopta como idioma oficial y como montaje cultural en general el de una de las naciones, iniciando así en las otras un proceso de sustitución de todos aquellos elementos que configuran su taranná (¿?) característico.

Con eso y todo, puede existir una nación y un estado que se correspondan territorialmente. Esta posible correspondencia no elimina al estado institucional su carácter de herramienta represiva y alienadora, aunque su acción no la ejerza sobre la identidad nacional. En este caso, la existencia de aquella nación no se deberá al hecho de poseer un reconocimiento oficial por parte de los gobiernos, sino a la misma presencia continuada de unos individuos con unas características propias y comunes.

2.3.Cultura social y cultura étnica

La aparición en el texto del concepto de cultura nos lleva a hacer algunas reflexiones sobre el tema. Definimos la cultura a un doble nivel: social y étnico.

Referente a la cultura social, oponemos la cultura popular espontánea, libre y creativa a la cultura oficial, estereotipada desde el poder. La cultura étnica, por otro parte es la expresión de una nación, desde la lengua hasta todas las otras manifestaciones que la configuran como comunidad diferenciadora. Dentro del estado plurinacional, y por causas que analizaremos más adelante, se tiende a oficializar la cultura étnica de una de las naciones e imponérsela a las otras.

En la lucha por la liberación social y nacional de los PPCC (Països Catalans) se produce una confluencia entre cultura social popular y cultural étnica catalana. Cualquier iniciativa que no parta de estas premisas esconde nuevas formas de dominación. No pueden ser válidas ni una cultura catalana conservadora ni una cultura popular españolizante (ni mucho menos, una cultura conservadora española o francesa, que es lo que actualmente se da).

No se puede admitir globalmente una cultura étnica sin separar primero aquellos aspectos que no pueden desarrollar la personalidad del individuo, de aquellos otros que pertenecen al viejo mundo de la autoridad y el oscurantismo. Esto implica un rechazo a aspectos como religión, moral, familia, etc, que a pesar de formar parte del bagaje cultural de una nación a lo largo de los siglos, sólo pueden ser conservados como recuerdos de otras épocas, pero nunca como una reivindicación para el presente o para el futuro. Igualmente, no se puede hacer una cultura social popular en la cultura étnica impuesta. Es hacer un españolismo popular, mucho más peligroso que el oficial al provenir de fuentes con más credibilidad entre las clases populares

2.4.- Nacionalismo/Estatalismo. La opresión nacional

El estado territorial, como realidad político-administrativa basada en una unidad violenta y artificial, necesita segregar una ideología patriótica que lo legitime ante la población. Necesita aparentar una cohesión entre los diferentes territorios que lo componen. Distinguimos aquí dos tipos de nacionalismo, el que se basa en el estado y el que se basa en la nación.

El nacionalismo estatalista se convierte en la ideología del estado, cumpliendo dos funciones: eliminar cualquier rastro de conciencia diferencial entre las dos naciones sometidas por aquél, con la finalidad de evitar cualquier intento de secesión y por tanto el fraccionamiento de su poder, y de otra parte, como elemento de superación de los antagonismos sociales – con cualquier pretexto patriótico- es decir, como consolidación de un orden social clasista.

El nacionalismo estatalista, o mejor, el estatalismo, como exaltación irracional de la patria estatal, toma formas agresivas cuando ve la continuidad de la “patria” en peligro, siendo así un obstáculo a la solidaridad internacionalista. El españolismo y el francesismo son dos ejemplos palpables de estatalismo.

De la incidencia del estado sobre la nación, intentando sustituir a esta, proviene lo que llamamos opresión nacional. La incompreensión de este hecho es uno de los principales motivos de la indiferencia de los anarquistas ante la lucha de liberación nacional. La opresión nacional se manifiesta en dos niveles. De un lado en un nivel directo, con la ocupación militar, con la imposición de divisiones administrativas aberrantes – hasta el punto de partir por el medio la nación por frontera de estados – con una represión abierta o camuflada sobre las manifestaciones lingüísticas y culturales, la sustitución de estas manifestaciones por las oficiales del estado, la uniformización general, la persecución de los luchadores o de cualquier individuo que se cuestione la unidad, la paz, el orden del estado, etc. Y de otro lado en un nivel indirecto, de una forma más peligrosa, con la alineación de la población a partir de la introducción sistemática del estatalismo. El reconocimiento y admisión de la patria estatal, en tanto que ejercicio mental castrador, sirve al estado como agente de despersonalización, de anulación de la capacidad de razonamiento del individuo y por tanto contribuye a perpetuar y consolidar el sistema.

Así mismo, el nacionalismo que toma como base la nación intenta superar este alineamiento y redescubrir la identidad nacional. En este sentido y unido a una práctica anticapitalista puede llegar a ser un factor progresista, e incluso como un factor de desestabilización del estado central. Ahora bien, en manos de una burguesía local que quiere un estado propio para asegurarse su peso financiero y comercial, etc, llega a ser tan nefasto como el nacionalismo estatalista.

2.5.- ESTATALISMO ANARQUISTA Y ESTADISMO INDEPENDENTISTA

Tanto los anarquistas como los (otros) independentistas no han concebido la liberación nacional fuera del Estado. Esto ha llevado a los primeros a no asumir esta liberación por tener miedo de estar potenciando un nuevo Estado, y a los segundos, a reivindicar este Estado como única forma de liberación nacional. Esto les ha llevado a una limitación en su actual lucha contra el estado español: en el anarquismo, en tanto que lo reproduce en su extensión territorial, aceptando el nombre y gentilicio y tomándolo como marco de lucha en el presente y como unidad de organización en el futuro, y en el

independentismo, en tanto que lo reproduce en sus esquemas represivos (ejército, policía, prisión, juzgado, manicomio, escuela, fábrica, ciudad...) aunque no la ejerza sobre la identidad nacional o las disfrace de socialismo.

El estatalismo de los anarquistas y el estatismo de los (otros) independentistas suponen un lastre conservador que los dos movimientos actualmente más radicales llevan encima desde hace demasiado tiempo, y que han de superar definitivamente. La necesaria síntesis entre anarquismo e independentismo supone la liquidación del estado en cualquiera de sus acepciones.

En el caso del anarquismo, la incompreensión no se limita a los términos en que planteamos la liberación nacional, sino que es un problema mucho más de fondo. Se puede hablar de un auténtico nacionalismo estatalista. Sus tímidas propuestas de federalismo (donde siempre reproduce este estado: federalismo de los pueblos de España, o, todavía peor, el sueño imperial español: “federalismo ibérico”) unidas a su persistente utilización del idioma impuesto, en prensa y propagandas, han acabado por convertirlo en un movimiento sospechoso de españolismo. Hablar (y por tanto aceptar) de “España” y de “españoles” supone asumir esa ficción nacional como algo propio. Han matado al Estado, pero continúan siendo españoles.

3.- LIBERACIÓN NACIONAL

3.1.- La actitud de los anarquistas

En el planteamiento libertario tradicional, la lucha por la liberación nacional no tiene que ser asumida porque responde a una iniciativa burguesa y, como tal, significa enfrentar el proletariado de diversas comunidades nacionales e, implícitamente, favorece a las burguesías locales, “nacionales”.

A partir de la confusión entre Estado y Nación, concibe cualquier proyecto de liberación nacional como la reproducción de los esquemas administrativo represivos del estado central, y, por tanto, lo rechaza. A menudo con frases como “nuestra patria es el mundo” “ se ha dado por solucionado el tema.

En el primer capítulo ya se ha examinado el españolismo dentro del movimiento libertario. Pero seguramente el error más cínico ha sido plantear la liberación nacional como un obstáculo para una liberación internacional. No se puede concebir ésta sin la liberación previa de cada una de las unidades más pequeñas. Se ha confundido el internacionalismo, el cual se ha de basar en la solidaridad entre las comunidades nacionales, con un interestatismo, el cuál reproduce fielmente el marco territorial, el marco patriótico del estado. Cuando un movimiento ha llegado a ser estatalista es que lleva dentro un proyecto que tiene que ver con el estado; estatalismo y estatismo son dos ideologías de un mismo estado.

En estos momentos, es necesario recuperar la liberación nacional desde una perspectiva libertaria. Es erróneo pensar que esta liberación va a favorecer necesariamente a la burguesía, que crea nuevas fronteras, un nuevo estado, que enfrenta al proletariado... En este capítulo intentaremos perfilar las bases de una propuesta libertaria y global, que contemple la liberación nacional como un punto más.

3.2.- La actitud de los independentistas

Para el independentismo de izquierdas, que sufre también la confusión entre estado y nación, la liberación nacional sólo se puede concretar en la creación de un nuevo estado, que oponga un nuevo aparato administrativo-represivo al del estado central. La obtención de este “estado catalán”, ni que sea “socialista”, no es una reafirmación popular ante el poder. No existe un “estado propio”, ni desde una perspectiva nacional ni desde una perspectiva social. La institución estado existe siempre por encima y contra la población que gobierna. Cualquier estado es siempre el apartado de unos grupos dominantes. Los diferentes estados pueden ejercer su dominación sobre diferentes territorios, o en nombre de diversas ideologías y clases, pero éste es el aspecto externo del poder. Incluso podría existir un estado que territorialmente se correspondiese exactamente con los Països Catalans, pero sería ésta una correspondencia puramente formal: la dominación revestiría diferentes formas y sería ejercida por otros grupos sociales, pero esencialmente continuaría siendo la misma.

La idea de independencia, con todo el contenido ruptural liberador que puede tener, se ve así ahogada por la idea de estado.

3.3.- Independencia y anarquía.

La idea de que la independencia sólo es posible a partir de la creación de un nuevo estado es falsa. Es más, la creación de un estado no es independencia. El estado es siempre un fenómeno administrativo-represivo, un fenómeno jurídico e institucional creado para someter a la población. No ha existido nunca un estado que fuese la libre expresión de la población, esto significaría que ha perdido sus atribuciones hasta tal punto que ha dejado de ser estado. La nación, en cambio, es un fenómeno poblacional. Por todo esto, la obtención de un estado “catalán” no es indiferente, porque continuará siendo un fenómeno institucional.

El estado propio, el “estado catalán”, el “estado socialista de los Països Catalans”, son tan solo diferentes variantes administrativo represivas, pero nunca un fenómeno poblacional.

La independencia es la ruptura con toda la forma de dominación, la no delegación de la propia capacidad de decisión y actuación. Es por eso que la independencia es esencialmente individual, antes que nacional, y, por descontado, mucho antes que estatal. Tomamos al individuo cómo base de un proyecto federativo que vaya articulando libremente las diferentes unidades poblacionales (comuna, comarca, región...) a partir de la previa independencia de las unidades más pequeñas. Esta es una independencia total, porque va hasta el final, hasta el individuo. Llegados a este punto, coincide con la anarquía. Pero se diferencia del proyecto anarquista y del independentista en que no parte de modelos estereotipados, como “federalismo de los pueblos de España”, “federalismo ibérico” o “reunificación de los Països Catalans”, sino que considera que la federación es el resultado de unas necesidades y aspiraciones colectivas, que se expresan libremente de forma espontánea y que reviste múltiples ramificaciones.

Los Països Catalans no son para nosotros un marco patriótico (estatalista) obligado. Son una propuesta hecha a partir de unos lazos étnico lingüísticos. Contra el proyecto militarista de reunificación, oponemos el de libre federación.

En la propuesta anarcoindependentista, la independencia de los Països Catalans se entiende como una suma de las previas independencias regional, comarcal, comunal e individual. Oponemos la confederación al estado. La confederación surge como una forma de asociar fuerzas ante un objetivo común, ya sea la defensa de la insurrección, el asegurar suministros, etc... Pero se diferencia del estado en que es la asamblea la que toma los acuerdos, las comisiones encargadas de realizarlos son constantemente revocables... y sobre todo en que cada una de las partes, desde el individuo, puede abandonar la asociación cuando esta ya no le interese.

La nuestra es una propuesta comunista libertaria y ecologista radical.

Utilizamos deliberadamente la palabra “comunismo”. El comunismo libertario o comunismo anarquista es la aportación que hace al anarquismo P.Kropotkin y que diferenciamos del socialismo libertario o anarcocolectivismo de M.Bakunin. En términos estrictamente socioeconómicos, mientras el segundo pregoniza la propiedad común de los medios de producción y la participación de todos en la producción a cambio de una retribución proporcional al trabajo realizado, el primero considera esta retribución como un nuevo salario y pide llevar el comunismo no sólo a la producción sino también al consumo de los bienes producidos, a partir del comunismo de la abundancia y del apoyo mutuo. ¡Alucinamos a Kropotkin!. Si a finales del s.XIX el desarrollo tecnológico ya permitía hablar del comunismo de la abundancia, actualmente no sólo es posible esto sino convertir el trabajo en una actividad marginal. A partir de aquí, la idea del comunismo toma una nueva dimensión, que representa una revolución integral que afecta a todos los aspectos de la vida.

El marxismo, en cambio, habla del estado socialista cómo paso previo al comunismo. Las experiencias históricas, con eso y todo, demuestran de sobra que el poder no es un medio sino un fin en sí mismo. El estado socialista se ha convertido en una de las formas de dominación más represivas y anuladoras que nunca se hayan concebido. Existe entre las bases del independentismo catalán un cierto recelo sobre la idea de “estado socialista de los Països Catalans” en la medida que no sea nada parecido al bolchevismo totalitario. Se habla de un “socialismo diferente”, de la “revolución según la realidad catalana”. Hay, pero, oposiciones como federalismo/centralismo, asambleísmo/poder, autogestión/estatalización, etc, que no admiten un punto medio.

Y ecologismo radical, porque el capitalismo ya no es únicamente unas determinadas relaciones socioeconómicas, sino una concepción globalizadora que afecta a toda la actividad. La categoría de “institución penitenciaria” se ha apoderado de la sociedad. La escuela, la fábrica, la misma ciudad, son cárceles ampliadas. Una insurrección anticapitalista no se puede limitar a cambiar las relaciones socioeconómicas. “Nos basamos en el inagotable espíritu de destrucción y de anihilación que es fuente eterna de nueva vida. La alegría que ofrece la destrucción es una alegría creativa”. La sustitución de la ciudad por el bosque, del trabajo por la afición, la demolición de las diferentes instituciones penitenciarias, la liberación de los animales del zoo, la liquidación de los cuerpos represivos... una revolución que cambie integralmente la vida cotidiana.

El ecologismo radical no es únicamente una propuesta antinuclear y de defensa del medio ambiente. Si bajo el delirio productivista del capitalismo, un urbanismo aberrante ha ocupado la tierra, creando entre cemento y cemento “zonas verdes”, con nuestro delirio, el bosque reocupa la tierra, creando entre verde y verde “zonas industriales”. La comuna ecológica y autogestionaria sustituye la ciudad y la fábrica. La comuna, basada en el asambleísmo y en el comunismo libertario, de un alcance muy superior al meramente económico, y en el que el individuo es el eje principal. Las comunas y su confederación sustituyen y niegan al estado.

La anarquía, sin embargo, ha dejado ver “el cielo”. La anarquía que puede surgir de las ruinas del viejo mundo, tiene grandes limitaciones, como lo demuestran diferentes experiencias históricas. La anarquía es un nuevo punto de salida. Será indefinidamente un nuevo punto de salida porque no creemos en la necesidad de un cielo estable y sí en el encanto de la utopía. Y la anarquía ha dejado de definirse como una situación que ocupa un espacio y un tiempo, para conquistar nuevas áreas de carácter individual, que se plasman en el absentismo, el sabotaje, la expropiación, la provocación y el contrapoder, la alegría de ser disidente, el desprecio a las diversiones del sistema...

3.4.- El derecho a la secesión

El derecho de secesión, el derecho a “formar o no formar parte” de alguna cosa, es el más elemental. Los diferentes derechos han de basarse en la validez de la soberanía que queremos defender.

La secesión aparece como la ruptura de unas relaciones de dependencia indeseadas, por parte de una unidad más pequeña respecto a una unidad más grande.

En el planteamiento independentista tradicional, el derecho a la secesión nacional aparece a partir de la negación de la soberanía estatal. Se considera a la comunidad nacional sometida, con una entidad propia, diferente, única, y que, cómo tal, es legítima su secesión, la desobediencia a los dictados de la entidad más grande. Este derecho a la secesión se plasma en una voluntad de independencia que es limitada en un doble sentido.

En primer lugar, no se atreve a decir abiertamente que plantear el derecho de una entidad más pequeña a autoadministrarse respecto a una entidad más grande, es un derecho elemental anterior a la democracia, a la cual no se atreve a combatir frontalmente, alucinada como se encuentra por los nuevos mitos con los que el estado capitalista español se autoperpetua. Nosotros oponemos a la democracia a la democracia. En la democracia – no sólo en la democracia burguesa, sino en todo el planteamiento democrático – la sociedad o reunión de individuos que han de regir según el principio de la mayoría, existe anteriormente a los individuos que la componen (sea esta el marco territorial del estado español o el que sea), negando de buen principio su derecho a “formar o no formar parte”, a salirse cuando quieran, forzándolos de esta manera a tener un devenir común y a obedecer a los dictados de una entidad – la mayoría – que es conceptualmente posterior a ellos mismos y que solamente podría empezar a tener un poco de sentido si fuese el resultado de una libre asociación. En la democracia, en cambio, los individuos tienen una existencia propia y anterior a la sociedad que no es otra cosa que esa libre asociación de individuos independientes, que pueden adoptar un

mecanismo de funcionamiento interno o no, pero en el que cada uno puede optar a rescindir su parte de la asociación, puede decidir “no formar parte”.

La limitación en este sentido del independentismo tradicional es que después de haber negado la validez de la “soberanía nacional” del estado central, basa en una mayoría forzada (la “prisión de pueblos”) únicamente le opone otra “soberanía nacional”, la del estado de los Països Catalans, creada a partir de la idea de ser nación de ser una entidad propia, diferente y única, anterior al estado español, pero no sabe llevar la negación hasta el principio, hasta reconocer el primer escalón con entidad propia, diferente y única: el individuo. No reconocer previamente la individualidad provoca que la suya sea una independencia limitada, una independencia entre diferentes soberanías nacionales, impregnadas ambas de estatalismo-patriotismo (un marco territorial obligado) y de estatismo (una similar institución administrativo – represiva) pero que nunca sea un hecho liberador.

Y la segunda gran limitación, derivada íntimamente de la primera, es que concreta su derecho a la secesión en la edificación de un nuevo estado. Una vez más, la confusión entre estado y nación hace que se presente el fenómeno institucional como una solución al fenómeno poblacional. Como ya se vio antes, el mito del “estado propio” es falso. El estado siempre será el instrumento de las clases dominantes sobre la población, sea el que sea su marco territorial de actuación, su ideología, la clase en el poder, etc... y la población no podrá jamás llegar a identificarse y fusionarse con un estado propio o no propio, porque esto significaría que este se ha disuelto en tanto que estado. Es por esto que el derecho a la secesión de los (otros) independentistas, en última instancia, no afecta en nada esencial al individuo: su estado podrá no ejercer la dominación sobre la identidad nacional, pero reprimirá igualmente las áreas de decisión y de actuación individual, que son anteriores a la nación y negadoras del estado. Sólo a partir de oponer la confederación al estado se puede llegar a una INDEPENDENCIA TOTAL y a una ANARQUÍA SIN LÍMITES, se puede llegar a llevar el derecho de secesión al primer eslabón, al individuo.

Una vez reconocido el carácter propio, diferente y único de todo individuo y a partir de aquí, su derecho a la secesión, a “no formar parte” , se puede comenzar a construir una asociación, ya sea el municipio libre, la comarca, o la confederación de comunas autogestionarias de los Països Catalans.

3.5.- Independentismo mejor que nacionalismo

Optar por el término “independentismo” en lugar del de “nacionalismo” responde a diversos criterios. En principio, no consideramos el nacionalismo necesariamente opuesto al internacionalismo. De hecho, el segundo sólo se puede entender – ni que sea etimológicamente – como una ampliación del primero. La exaltación de la propia nación no es un obstáculo para la exaltación de las otras naciones, aunque nuestro objetivo no es exaltar nada, sino liberar algo que se encuentra reprimido. Todo y con eso, no defendemos el fenómeno “nación” en bloque, porque en tanto que fenómeno poblacional, presenta dentro suyo todas las contradicciones de las sociedades clasistas. En el capítulo 2º hemos opuesto cultura popular a cultura burguesa, teniendo en cuenta que ambas pueden ser “catalanas”, y además, aquí oponemos el individuo disidente al viejo mundo, teniendo presente que también ambos pueden ser “catalanes”. Además, dado el peso que tiene la burguesía catalana dentro del estado español, el viejo mundo

“catalán” es muy grande, y nuestro antagonismo social con ella lo suficientemente pronunciado, como para que nos distanciamos del “nacionalismo” y nos acerquemos al concepto de “independentismo”, entendido en su contenido más ruptural y más de autoafirmación del poder.

Hablar de naciones opresoras y de naciones oprimidas es una falacia. Existe una opresión nacional que se manifiesta desde la marginación del idioma hasta la interiorización de un patriotismo estatalista, pero es erróneo globalizar toda la comunidad nacional como opresora u oprimida. Dentro de cada comunidad nacional existe un antagonismo social, de tal manera que el estado central no es la expresión de la supremacía de una nación sobre las otras, sino que es el instrumento de todas las clases dominantes que se encuentran dentro del estado, para mantener su dominación social.

La perpetuación del estado español no se debe al mito de “Madrid” o a una hipotética “clase dominante española”. Se debe a una alianza entre las diferentes clases dominantes (burgués catalán, terrateniente andaluz...) que son las auténticas inspiradoras del estado y las responsables del colonialismo interior.

La burguesía catalana no es la víctima del estado español, sino uno de sus puntales más firmes. Es por ello, y no únicamente desde una perspectiva de revolución social sino también de liberación nacional que nuestro enemigo prioritario es la burguesía catalana.

En este contexto, el papel jugado por el regionalismo burgués en el paso del capitalismo-fascista al capitalismo-democrático es paralelo al jugado por la izquierda parlamentaria y la izquierda aspirante a parlamentaria. Es decir, a partir de la exaltación de algunos aspectos folclóricos o puramente nominales de la realidad catalana, ha absorbido a un importante sector de la masa media conformista (“clases populares”, etc) y ha canalizado su descontento hacia “una participación catalana dentro de España”.

El regionalismo burgués se ha revestido de nacionalismo y toda una colección de escritores y políticos demagogos con acceso a la prensa y a los medios de comunicación nos ha bombardeado y escopeteado con declaraciones de defensa de Catalunya, “somos una nación”, etc. Bajo toda la fraseología, no obstante, hay lo mismo de siempre: el autonomismo como solución para la continuidad de “España”, la exaltación regional como superación del antagonismo social, la fragmentación de los Països Catalans... la burguesía catalana, como toda burguesía, tiene por ideología el capitalismo, nunca la nación. Si en un momento dado le puede ser útil fingir que tiene por ideología la nación, lo hace. Pero lo hace mezquinamente: no tiene ni el empuje de las burguesías liberales europeas del s. XIX que reclamaban la separación política; la burguesía catalana es españolista. Los diputados y senadores regionalistas resumen muy bien esta postura en un manifiesto realizado el año 1909, ante los hechos de la Semana Trágica (106 muertos, 1725 procesos militares, 5 penas de muerte ejecutadas): “Cómo ciudadanos de un país en que las instituciones representativas abren el camino a la ordenada manifestación de la voluntad y de los sentimientos populares, como catalanes enamorados de nuestra tierra, condenamos la violencia contra las personas y contra las propiedades para mayor irrisión en nombre del pacifismo... protestamos que se haya elegido para perpetrar estos atentados el momento en que nuestro ejército lucha heroicamente para sostener en una campaña exterior, la dignidad y el futuro de España” (1). La burguesía regionalista, con una mano adula el electorado local y con la otra al

gobierno central. Observad como después del 23-F, el presidente de la Generalitat Jordi Pujol ponía especial énfasis en reafirmar la españolidad de Catalunya, en sus discursos por otras “comunidades autónomas”

- (1) Manifiesto de senadores y diputados regionalistas, “Nuestra protesta”, en el Correo Catalán de 19-08-1909

3.6.- La liberación nacional en una perspectiva marxista.

Examinando la obra de Karl Marx referente a la liberación nacional, observamos que no llega nunca a una formulación teórica genérica sobre el tema, sino que su opción gira siempre en torno a la situación concreta de cada nación. Esto se deriva de su idea sobre la evolución histórica. La Europa de mediados del s.XIX se debate todavía entre las pervivencias del régimen feudal y el ascenso del capitalismo. Marx considera que en los países más “atrasados”, el ascenso de una burguesía liberal, democrática y nacionalista es positivo, primero porque liquida el régimen señorial anterior, y segundo, porque sienta las bases de un capitalismo industrial en el que se desarrollará el proletariado, condición necesaria para llegar al socialismo, a partir de su dictadura de clases y de aquí al comunismo. Es en este contexto de la necesidad de pasar por el “purgatorio” capitalista para llegar al socialismo y al comunismo, que es necesario ver la posición de Marx ante las numerosas reivindicaciones naciones que se presentan durante el s. XIX.

Para Marx, la liberación nacional no tiene un derecho propio, la subordina a la liberación social. Es decir, si una reivindicación nacional coincide con una burguesía progresista que reclama libertades democráticas a un estado central “atrasado”, entonces la reivindicación nacional si que merece ser defendida. Ahora bien, si el “atrasado” es el pueblo que reclama la libertad nacional, entonces su reivindicación no tiene que ser defendida.

Marx ataca las pretensiones de liberación nacional de los pueblos eslavos respecto al imperio austro-húngaro, ya que son pueblos “atrasados” y su victoria es un paso atrás en la lógica materialista (ascenso de la burguesía, formación del proletariado, etc...) y además, favorecería la situación de Rusia (despotismo zarista) en la Europa Oriental. En cambio, sufre un furibundo pangermanismo. Marx observaba en la Alemania de los años 1870 uno de los países en la vanguardia de la revolución socialista: se ha cumplido la unificación política y económica, existe una acelerada industrialización con la consiguiente formación de proletariado, este proletariado se ha dotado de organizaciones de clase, etc... Cree que la “germanización”, es decir, la asimilación alemana de los pueblos eslavos, les sacará de su situación de retraso y les llevará hacia el camino del socialismo.

En las interpretaciones historiográficas anarquistas del s.XIX, en cambio, sobre todo los trabajos de Kropotkin y de los hermanos Reclus, el paso al comunismo, a la anarquía, se puede hacer desde cualquier situación histórica, sin necesidad de pasar períodos de transición. Esto comporta otra visión del hecho nacional. En los países precapitalistas no será necesario importar ningún modelo revolucionario foráneo – no hay una “misión civilizadora” – sino que será el campesinado el sujeto revolucionario. Esta visión del “siempre es el momento oportuno” hace que implícitamente se reconozca la especificidad de cada lugar y de cada situación (paneslavismo de Bakunin). Es conocida la afirmación de este autor: “el estado no es la patria, es la abstracción, la ficción

metafísica, mística, política, jurídica de la patria. Las masas populares de todos los países aman profundamente su patria; pero éste es un amor real, natural. No se trata de una idea: se trata de un hecho ... Por esto, me siento francamente y constantemente el patriota de todas las patrias oprimidas”.

Ahora bien, también es conocida la afirmación de Marx: “un pueblo que oprime a otros pueblos no será nunca libre” (1870). Lo que es necesario observar es qué práctica se desprende en cada caso.

Marx , atrapado en su lógica, sacrifica cualquier cuestión pendiente al triunfo final del comunismo. Un exceso de “ciencia” le ha convertido en reaccionario. Ignorar qué es la opresión nacional, ignorar el derecho de secesión, el derecho a mantener el carácter único, autónomo e irrepetible de cualquier identidad, sea individual o nacional, supeditar una (de otra parte inexistente) liberación nacional basada en la edificación de un nuevo estado burgués, a frías elucubraciones de laboratorio sobre si acelera o hace retroceder la marcha imparable de la historia... todo eso hace de Marx un perfecto desconocedor de los contenidos liberadores que puede llegar a tener el comunismo. En el comunismo – entendemos por este la sociedad autogestionaria en que el estado se ha extinguido – los individuos reafirman y potencian al máximo todos los aspectos de su personalidad, contrariamente a los sistemas anteriores, en que un grupo dominante, organizado en forma de estado, reprime o tergiversa de estos aspectos a fin de perpetuar su dominación. No creemos en un comunismo estereotipado, que ha perdido toda su autenticidad en la gestación en el laboratorio, sino en un comunismo, o mejor todavía, en una anarquía como práctica constante y como actividad vital. Cuando Marx justifica la desaparición de pueblos eslavos “atrasados” para ser germanizados, o cuando justifica la penetración colonial del capitalismo británico en la India, porque eliminará el despotismo oriental y acelerará las fases de formación de una burguesía y, posteriormente, de un proletariado revolucionario, no está pregonando un comunismo liberador sino una monstruosidad totalitaria, a la cual los individuos llegan después de haber perdido una importante parte de su personalidad: la identidad nacional.

(Aquí dejamos este apartado para no hacernos demasiado rollo, si alguien tiene un inusitado interés (masocas hay en todos los lados) (n de t: esto forma parte del texto original, pero desconozco como se podría contactar hoy en día con los autores del mismo) que se ponga en contacto con nosotros). Amén.

4.- ESTADO: NI ESPAÑOL NI CATALÁN

4.1.- Contra el “estado socialista” de los Países Catalanes

Los grupos que actualmente se reclaman favorables a la independencia de los Países Catalanes, desde una perspectiva marxista, si que han llegado a una formulación teórica sobre la independencia en la cual la liberación social y nacional son simultáneas. Esta formulación se plasma en el llamado “estado socialista de los Países Catalanes”. La actitud de denuncia llevada por el movimiento libertario no nos sirve porque a pesar de denunciar el estado socialista no ha sido capaz de dar ninguna alternativa de liberación nacional. Una de las principales utilidades del presente trabajo es la de realizar una crítica al citado estado desde una perspectiva anarquista pero al unísono independentista.

Todo estado socialista es, en realidad, capitalismo de estado. El sector que se apropió de la revolución, encuadrándola en sus esquemas de partido, necesitó el apoyo de un amplio movimiento social que abarca a la mayoría de la población, pero una vez conseguida la revolución, ha liquidado las áreas de autonomía que las clases populares han arrebatado al anterior régimen y sólo una elite burocrática ejerce el poder.

La concentración de todo el poder económico, militar y político en manos del estado socialista hace que este llegue a un grado de perfección dentro del capitalismo, no conseguido por la democracia burguesa. En el capitalismo monopolista, en efecto, la alta burguesía, a pesar de ejercer su dominación social, tiene disputas interiores (competencia entre empresas, etc...). El estado socialista, en cambio, ha dado una cohesión a la clase dominante a través del partido: las empresas son públicas y la planificación orienta la producción, pero los excedentes son apropiados por la nueva clase dirigente, a la cual llamaremos "tecnoburocracia". Esta es la base del capitalismo de estado, que tiene un cierto parecido, como señala Abraham Guillén, con el modo de producción asiático descrito por Marx, y que Stalin, en su enumeración de los modos de producción marxista, omitió, para evitar peligrosas deducciones...

El control del estado socialista, a pesar de esto, no se limita a la esfera de la producción, sino que afecta a cada aspecto de la vida individual como ningún otro tipo de estado ha llegado a hacer: la alineación ideológica en los mitos del "socialismo", la militarización de la sociedad, el control policíaco del individuo, el control de movimientos, el exterminio de la disidencia...

El estado socialista de los Países Catalanes no será una excepción. Hay oposiciones como reunificación/confederación, centralización/autogestión, estado/anarquía, productivismo/ecologismo radical, elite tecnoburocrática/población, que no admiten punto medio ni excepción histórica. La pasma del estado socialista de los Países Catalanes no se dejará llevar por el "seny" cuando tenga que reprimir.

Pero es que además, el estado socialista de los Países Catalanes no resuelve tampoco la cuestión nacional. Una nación no es únicamente un marco territorial determinado, es sobretudo un grupo poblacional de individuos con unos vínculos étnico-lingüísticos. De aquí radica que su liberación no se resuelve con un simple cambio en la ubicación de la institución administrativo-represiva estatal, sino que sea un proceso más profundo, de descubrimiento y potenciación de la propia identidad, un estado, podrá "legalizar" esta identidad en sus aspectos externos, como lengua, manifestaciones culturales, etc... pero nunca "potenciarla" porque teme enfrentarse a individuos tan altamente conscientes de su individualidad. Y en última instancia, porque "independizarse" es romper cualquier vínculo de dependencia, y el estado socialista de los Países Catalanes lo único que puede hacer es someter a la población y mantener militarmente "unidos" los territorios que componen estos Países Catalanes.

(...) – en el original falta una página en este punto – (...)

... es el pensar que el hecho de asumir una lucha de liberación nacional viene a separar, cuando no a enfrentar, las clases populares de las diferentes naciones del estado plurinacional y a favorecer los intereses de la burguesía local. Una solidaridad internacionalista, en éste caso entre las diferentes comunidades nacionales sometidas por el estado español, ante este enemigo común, ha de producirse en igualdad de

condiciones. La utilización – por ejemplo – del idioma de una de ellas en la prensa y propaganda que leen las otras, supone una nueva jerarquía, y al fin y al cabo un sacrificio de las comunidades minoritarias a favor del oficial. El pretendido federalismo ha acabado en centralismo. La lucha cotidiana de las clases populares catalanas, es solidaria con la de las clases populares de las otras naciones, pero no sólo en el estrecho y artificial marco geográfico del estado español, sino de mas allá de sus fronteras. No estamos separando esfuerzos, estamos reconociendo a cada uno su propia individualidad, condición previa y necesaria para enfrentarse al enemigo común, el estado.

Pero el españolismo del movimiento libertario no es únicamente una confusión de nombres, sino una concepción mucho más profunda. Identificarse con el territorio “España”, adoptarlo como marco organizativo en el presente y en el futuro, sentirse “españoles” , representa la aceptación y la prioridad del criterio político – administrativo estatal ante el criterio poblacional.

Históricamente, el “movimiento libertario español”, ha condenado repetidas veces las reivindicaciones nacionales, tildándolas de separatismo. ¿Qué significa entonces su federalismo?. Federalismo supone agrupación o asociación a partir de unidades que son previamente independientes, y por tanto, libre de asociarse o separarse cuando mejor les convenga. Hablar de “separatismo”, supone llevar un modelo organizativo obligado, que, por tanto, no se puede alterar libremente.

Se tiene que combatir el españolismo del movimiento libertario y todo el conservadurismo que impregna el “paraíso” estereotipado. No vamos a crear nuevas fronteras, sino a disfrutar las existentes. Vamos a liquidar el viejo mundo.

LA PATRIA COMO LA COMUNIDAD DEL IDIOMA. Rudolf Rocker. (traducción del euskera)

De las herramientas para crear una idea patriota o de una nación, la de la comunidad del idioma será seguramente la mas importante. Muchxs ven en la comunidad del idioma el factor más importante de la patria. Y seguramente el de compartir la lengua será el factor que mas una a los grupos, y con mucha razón decía Von Humboldt lo siguiente: “La verdadera patria es sobre todo el idioma”. Karl Julius Weber decía que en el idioma venia el reforzamiento mas duro de las nacionalidades: “ Mas que en el sentimiento nacionalista o la fuerza del alma y del espíritu, nunca se expresara mas claro que en el idioma del pueblo”.

La comunidad del idioma fue tan importante para los que empujaban el sentimiento nacionalista por el mero hecho de que era la forma mas habitual de expresarse del pueblo y en gran parte también por la relación que tenía con la vida espiritual. El idioma no ha sido un invento de unas cuantas personas. Para los que luchan a favor de la idea nacionalista el idioma apareció como la consecuencia mas clara del nacionalismo y lo han tomado como el símbolo de la unidad nacional. Aun y todo, este concepto, aunque parezca atractivo y no se pueda negar, para nosotrxs se basa en el orgullo. En los idiomas de hoy en día no hay ninguno que se haya cerrado a un pueblo en concreto. Quizás alguna vez si que habría idiomas homogéneos, pero ese tiempo esta muy lejos nosotrxs y se pierde en la edad mas primitiva de la historia. La homogeneidad de los idiomas se pierde con la relación de distintos pueblos, familias o personas. Cuando esas

relaciones van avanzando y se hacen cada vez mas diversas la cantidad, que una lengua coge de la otra prestada es mas grande, igual que pasa con toda la cultura en general.

Por consiguiente, no hay un idioma que sea producto limpio nacional, porque a salido de un pueblo o nación en concreto. En los idiomas culturales de hoy en día han colaborado personas de origen distinto, y mientras se habla en un idioma, no se hace difícil coger elementos distintos de otras lenguas; por encima de las leyes de lxs puritanos. El idioma es una cosa que esta en eterno movimiento que no obedece ninguna regla fija y se burla de las leyes de la lógica. Lo que ayer era de noche hoy puede ser de día.

No hay ningún idioma cultural que no tenga muchas palabras de otras lenguas; limpiarlo de “palabras extranjeras” no es sino que empujar a esa lengua a desaparecer. Y ¿que idioma no tiene palabras cogidas de otros idiomas? No hay ninguno. Mas aun, se hace indispensable para ese idioma coger palabras de fuera para poder evolucionarse. Un pueblo no puede vivir tan solo valiéndose de él mismo. Las cosas, ideas, interpretaciones, palabras religiosas, políticas y en general, las modernizaciones del ámbito humano no tienen otra forma de expresarse y se trabaja en palabras nuevas.

Los ejemplos llenarían camiones enteros si nos pusiéramos a ello. Vamos por mal camino si la invasión de palabras extranjeras nos vienen por la escritura, ya que por ese camino están representadas las capas mas altas de la sociedad....

... varias veces, muchas veces, el significado léxico de las palabras importadas se pierden para abrir las puertas a nuevas palabras....

.... y si de verdad están en nuestras manos nuestros pensamientos, en la medida que se pueda, se tiene que hacer en nuestro idioma. Pero, sabemos que nuestro idioma esta salpicado por elementos de fuera y que si marginamos los purismos no se ahogara nuestro idioma. Si cualquier actitud espiritual va mas allá de las fronteras de los movimientos de las personas actuales, todos los avances de la ciencia y sus objetivos, los cambios en la economía mundial y después los políticos, todos los aparecimientos artísticos supondrán la invasión de varios barbarismos sobre la lengua.

En la evolución de toda lengua toma parte otro fenómeno, las “traducciones extranjeras”.

Estas traducciones se dan en todos los idiomas. En la evolución de ese idioma toman una parte revolucionaria y los idiomas, aun y todo, piensan que hay que apartarlos, ya que, piensan que las interferencias y los calcos ahogan una lengua.

Comparando con la cultura, lo que llamamos la conciencia nacional es una creación artificial, la cual quiere solamente la importancia política de un pueblo pequeño. Esas creaciones no las conoce la cultura; sobretodo, porque no se forma mecánicamente, sino que se forma orgánicamente.

Así lo dijo Fritz Mauthner: “ Hay algunos pueblos modernos que han llevado el sentimiento nacionalista tan sentimentalmente que han llevado el purismo muy lejos. Pero lo único que pueden hacer es llevar su lengua al aislamiento y no su forma de ver el mundo ni su espíritu.”

Los idiomas no son organizaciones que están bajo el mandato de sus leyes. Los idiomas no son mas que la forma de expresarse de lxs humanxs. Los idiomas sirven para dar a conocer, enseñar y convertir los pensamientos de cada cual. En el pensamiento de cada cual se palpa un ambiente natural y de relaciones con el prójimo. Cada vez que se den relaciones culturales mas profundas, cada vez mas se notaran las incidencias de la relación. Tenemos claro que los pensamientos de lxs humanxs tienen forma humana y por eso también sabemos que como los idiomas son manifestaciones de nuestros pensamientos, su ser; esto es, la forma de ser de ese idioma viene ligado, complicado y comprometido con la sociedad con la que convive.

Las palabras, van cambiando de significado por el poder del tiempo, ya que, los idiomas se están transformando eternamente. Aparecen nuevas palabras. En un espacio de tiempo los idiomas cambian totalmente.

Muchos pueblos han cambiado su idioma durante la historia. Por eso se ve que no tiene sentido decir que los idiomas son el producto primitivo de un pueblo en concreto o que son de distinción nacional.

Lxs que mas reivindican la ideología nacional, nos quieren hacer ver la unidad natural de las nacionalidades, y que son para siempre e incambiables. Ni ellxs pueden recriminar que las condiciones espirituales y las formas de vivir de la sociedad son diferentes, pero quieren tapar esos escollos diciendo que los cambios superficiales solo afectan a las superficies y nunca a la verdadera esencia del nacionalismo. Si el idioma fuera el signo característico y la marca del espíritu nacional, tendría que representar la esencia de la unidad.

No, el idioma no es la consecuencia de una unidad étnica, es algo que esta en eterno movimiento y la que representa la cultura de distintas fases de la historia.

Cuanto mas investiguemos los orígenes de los idiomas, nos encontraremos con cada vez mas diferencias, sobre todo si abrimos los ojos. Durante la historia lo que esta presente es el cambio y el pensamiento de ayer hoy se nos puede hacer lejano e impenetrable, es así que tenemos las “tradiciones” o “costumbres” para entender la forma de vivir de antaño. Pero cuando empezamos a hablar de estas manda mas el corazón que la cabeza. La historia de todos los pueblos.

Como la mitología se pierde en lo primitivo, lo mitológico supone la influencia mas grande en las costumbres.

Las formas de opinar sobre las leyendas y la historiografía objetiva nunca estarán a salvo de las mitificaciones y las mentiras. Esta bajo la conducta de los narradores de la historia. Las “leyendas patrióticas” de algunos pueblos se pierden en un gran cuento y no tienen nada que ver con los sucesos de verdad.

Para terminar, el idioma no es el signo distintivo de una nación, mas aun, no es algo necesario para ser parte de una nación. Todos los idiomas están salpicadas de palabras forasteras, entonces, unirlas son razones falsas y débiles para la esencia del idioma nacional.

ABERRIA HIZKUNTZ KOMUNITATE GISA. Rudolf Rocker

Nazio edo aberri ideologia finkatzeko aipatu diren osagaietatik, hizkuntzaren komunitatea izanen da ziur aski garrantzisuena. Askok ikusten du hizkuntza komunitate horretan aberriaren ezagarririk ezinbestekoena. Eta bene benetan hizkuntza erkidea giza talde ororen lokaririk indartuenean bilakatzen da, eta Von Humboldt arrazoi guziz “Benetako aberria hizkuntza da bataz beste” zioen. Karl Julius Weber hizkuntzan zekusan nazionalitatearen bereizkunde sendoena “Nazio izaera edo arimaren eta espirituaren indarra ez da inon herriaren hizkuntzan baino bokantzoskiago adierazten”

Hizkuntza erkidea nazio pentsamoldearen bultzatzaileen begietara horren garrantzitsua izan zen herri baten espresio biderik nagusiena zelako hain zuzen ere eta neurri batean bizitza espiritualaren atarramendu legez hartua izan daitekela, nahi badugu. Hizkuntza gizakume isutzaileen inbentua ez da izan. Nazioaren ideien bultzatzaileen ustez hizkuntza nazio sormen garbienen ondorio gisa agertu zen eta nazio batasunaren sinbolo nahastezinean bihurtu zaie. Eta hala eta guztiz ere, kontzepzio hau, erakargarri eta ukaezinezkoa dirudien arren galania eta harrokeria zeharo edonolakoan oinarritzen zaigu. Egungo hizkuntzetatik ez dago bat bera ere bilakatu denik herri mugatu batean. Agian noizbait izan dira hizkuntza homogeneous, baina denbora hori gugandik urrun samar dugu eta historiaren garai primitiboenean galtzen da. Hizkuntzaren homogeneousitatea leinu, horda eta herri desberdinen elkarrenganako harremanak ematen direnean galdu egiten da. Ugaritzen eta dibertsoagoak egiten diren neurrian harreman horiek, orduan eta haundiagoak izanen dira hizkuntza bakoitzak beste hizkuntzatik hartutako maileguak, kultura mailan gauza bera gertatzen delarik ere.

Ondorioz, ez dago hizkuntzarik produkto garbiki nazionala denik, irten dena herri mugatu batetik edo nazio zehatz batetatik. Egungo hizkuntz kulturaletan jatorri ezberdineko gizakumeak kooperatu dute, eta hizkuntza batean hizt egiten den bitartean, ez da zail suertatzen zenbait hizkuntza elementu arrotz jasotzea; Purismokeriaren buruberoen legeen gaineratik. Hizkuntza oro mugimendi iraunkorreko gailua, zeinak ez bait du obeditzen inolako erregela finkorik eta trufatzen dena logikaren arauetaz da. Atzo gaua zeinak gaur agian eguna suposatu ahal dugu.

Hizkuntza kultural bat bera ere ez dago ez duenik atzerriko hitz anadana; “Hitz arrotzez” garbitzea hizkuntza ez da hizkuntza horren ezabaketa borobila baino. Eta zein hizkuntzak ez du atzeritik hartutako hitzik? Ez dago bat bera ere. Are gehiago, hizkuntza ororen moldatzeko ezinezkotzat jotzen da kanpoko hitz horien sarrera. Herririk ez da bizi bere kabuz soil soilik. Gauzak, ideiaia, interpretazio, aburu erligioar, politiko eta, orokorrean, giza mailako berrikuntzek beste adierazbide eta hitz berrien bideak urratzen ditu.

Adibideek kamiokada ugari beteko lituzkete horretan ihardunen bagenu. Bide okerretik goaz ere atzerriko hitzen inbasioa idazmenetik datorkigula, zeren honetan gizartearen kapa altuenak errepresentaturik bait daude maila nagusi batean, bederen, badinogu.....

..... Maiz sarritan, inportaturikako hitzen hasikerako esanahia pixkana pixkanaka galdu egin egiten da eta berresarpen lexikalari atea zabaltzen dio.....

.....Eta bene benetan, geure eskuetan dagoen bitartean geure pentsamenduak, ahalden neurrian, geure hizkuntzan egin behar dira. Baina, jakin badakigu ere, geure hizkuntza patrimonioa atzerriko zenbait elementuz zipristindurik dagoena eta puristen edo

garbizalekeriak bazterten badira ez dela itoko geure hizkuntza. Edozein espiritual jarrerak giza mugimendu berriren bat mugatik at badoa, zientziaren aurrerapen guzietan eta beren ondorioak, munduko ekeonomiaren aldaketak eta ondoren politikoak arte agerpen orok hizkuntzarekiko barbarismo ugarien inbasioa suposatzen dute.

Hizkuntza guzien moldapenean beste fenomeno batek parte hartzen du “atzerrikerien itzulpenak” alegia.

Honelako itzulpenak hizkuntza guzietan ematen dira frankotan. Hizkuntza horren bilakaeran iraultzaileki dihardute eta hizkuntzak herriaren, dena den, baztertu behar direla uste du ematen diren interferentziak eta kalkoak hizkuntza itotzen bait dute galantki.

Kulturarekin konparatuz, nazional kontzientzia deritzoguna, kreatze artifiziosoa, zeinak herri gutxiagotuen handigura politikoa burua garbitzeko joera bait du, baino ez da. Baliamentu horiek kulturak ez ditu ezagutzen; lehenik, mekanikoki ez delako eraten, organikoki baizik.

Fritz Mauthner-ek honela zioen: “Zenabait herri moderno badago nazio sentimendua daramana hain sentiberaki ezen eraman bait dute garbizalekeria urrunera. Baina Heurek egin ahal duten bakarra beren hizkuntza isolatzean datza eta ez beren mundu ikuspegia, beren espiritu unea”

Hizkuntza ez da erakunde berezia bere legeen menpe. Hizkuntza gizakumeon adierazbidea baino ez da. Hizkuntza giza banakoen pentsamenduan azaldu, agertu eta bilaktzen da. Gizakiaren pentsamenduan giro naturala eta beren antzekoekin dituen harremanak nabarmentzen dira. Hainbat eta harreman kultural sakonagoak ematen diren, orduan eta elkarrenganako eragin nabarmenagoak izanen dira. Gizakien pentsamendu eta aburuek giza izaera dutela garbiki dakusagu, eta gure hizkuntza geure pentsamenduan beharrezko manifestazioa denez, bere izatea; hots, hizkuntza horren izatea gizarte horren bizitzan nahaspilaturik eta baldintzaturik datorkigu.

Hitzen, denboraren poderioz, esanahiak aldatuz doaz, hizkuntza mugimenduan dago eta. Hitz berriak egunero azaltzen dira. Denbora batetik bestera hizkuntzak zeharo aldatzen dira.

Zenbait herrik maiz sarritan aldatu du hizkuntzaz bere historiaren zehar. Honekin ikusten da ez duela funtsik esateak hizkuntza herri zehatz baten produktoa primitiboena denik edota nazio berezitasuna duenik.

Nazio ideologia gehien aldarrikatzen dutenek, nazionalitateak barneko batasun naturala isladatzen duela erraten digute, eta betikoa eta esentzian aldaezina dela ere. Beroiek ezin dute ukatu ere egin nazionalitate baten baldintza espiritual eta gizarte bizatza aldakorrek direnik, baina oztopo hori gainditu nahi dute esanez azaleko aldaketan aldaketei dagokiela soil soilik eta ez inolaz ere nazionalitatearen benetako mamiari. Hizkuntza espiritu nazionalaren zeinu bereizgarri eta ezaugarri izanen balitz, errepresentatu beharko luke ere muinaren batasunaren medioz letorkiguke.

Ez, hizkuntza batasun etniko baten ondorioa ez da, aldaketa iraunkorren dabilen gauza dugu eta noski denboraldi desberdinetako kultura espirituala isladatzen duena hain zuzen ere.

Hizkuntzen jatorriak zenbat eta gehiago aztertu, orduan eta desberdintasun handiagoak nabari dezakegu begiak irekitzen baditugu. Historian zehar aldaketa da nagusi eta atzoko pentsamendua gaur arrotz eta sartzina suerta dakiguke, horrela bada, Aintzinako garai haiek ulert ditzagun “tradizioa” edo “ohiturak” ditugu. Baina honen izenean hitz egiten hasten garanean gehiago egintzen du bihotzak buruak baino. Herri guzien Historia.

Primitiboa mitologia galtzen denez, mitikotasunak ohituratan eraginik handiena suposatzen du.

Kondairaren irizkerak eta historiografia objetiboa mitifikazio eta gezukeria historitik ez dago inoiz askatua . Hau kondairagile eta beren jokabide pertsonalaren menpe dago. Zenbait herriren “kondaira aberrizaleak” ipuin haundi batean bihurtzen dira eta benetako gertakisunekin ez dute ezer ikusirik.

Bukatzeko hizkuntza ez da nazioaren zeinu ezaugarria, are gehiago ez da beharrezkoa nazio batetako kidea izateko. Hizkuntza guziak atzerriko hitz ugariz daude zipristindurik, orduan, batzeak nazioaren mamia hizkuntzan faltsuak eta indargabeko arrazoiak dira.